

REVISTA GENERAL

ADMINISTRACIÓN



CALLE DE VALENCIA, 28

AÑO II

*

MADRID, MARTES 15 ENERO 1918

*

NÚM. 4

LA LITERATURA CONTEMPORANEA RUSIA

Los acontecimientos que la guerra ha desencadenado en la enorme nación que en los mapas de Europa parecía cobijar bajo su yasta tersura amarilla una nidada de pequeños retazos multicolores, han llenado al mundo de pasmo. Rota en fragmentos, revuelta en el interior, agítase con actividad de torbellino y todo en ella es incierto: parece una masa ignea de la que han de salir mundos nuevos.

La Europa literaria descubrió a Rusia en el último tercio del siglo XIX. Ya la generación siguiente a la romántica, la de Mérimée y Viardot, hubo de sentir curiosidades eslavas; pero el libro del vizconde Melchor de Vogüé titulado *Le Roman russe*, que salió a luz en 1886, fué el que trajo la verdadera revelación a los países occidentales. Desde entonces muchos autores rusos, de que aquí hemos de hablar, empezaron a ejercer, y conservan aún en nuestros días, un fuerte influjo, y casi lograron una especie de nacionalización en los diversos países de Europa, y desde luego en España. Se les traduce, casi siempre de cualquier modo, sobre versiones francesas no siempre totales ni escrupulosas, como lo están demostrando traducciones más recientes; pero, así y todo, la fuerza de pensamiento y de realidad que en esas obras existe es

tal, que transparece venciendo las deficiencias de la traducción.

En la primera mitad del siglo XIX surgen los verdaderos fundadores, con carácter de independencia total, de la literatura rusa: Alejandro Púchkin (1799-1837), el poeta nacional, que en las tendencias y modalidades del romanticismo pone la palpitación del alma rusa, septentrional y oriental a un mismo tiempo; Miguel Lérmontof (1814-1841), romántico también, demoníaco y pesimista como protesta militante contra lo que hay de innoble en la vida"—ha dicho Kropótkin,—agitado a veces por aspiraciones humanitarias; Nicolás Gógol (1809-1852), gran prosista, cuya novela satírica *Las almas muertas* ha podido ser comparada con el *Quijote*, y que con sus obras introduce el elemento social en la literatura rusa y le hace precursor de la campaña contra la servidumbre.

Dos preocupaciones, una política y social, otra religiosa, dominan desde entonces en toda la producción literaria. No está exento de ellas Jvan Turguénef (1818-1883), muerto en Francia, amigo de los naturalistas, de Zola, de Daudet, sobre todo en *Padres e hijos* y en *Tierras vírgenes*. Pero es de todos los novelistas rusos el más equilibrado, el más artista; se alaba el encanto melodioso de su esti-

lo. Por el contrario, Fedor Mikhailovich Dostoyevski (1821-1881) es desordenado, amargo, angustioso; pero su penetración psicológica, los abismos espirituales que ha sondeado en novelas culminantes como *La casa de los muertos*, *Los hermanos Karamazof*, *Crimen y castigo*, *El idiota*, lo elevan a vertiginosas alturas. La religión del sufrimiento, el castigo como purificación, son ideas directrices en su obra. Nietzsche decía que nadie le había enseñado más que Dostoievski; Mereshkovski hace notar el contraste entre sus aires de revolucionario y su espíritu fundamentalmente cristiano, y quiere ver en él la antítesis de León Tolstói (1828-1910). El nombre de Tolstói pesa sobre toda la literatura europea de la segunda mitad del siglo XIX. El citado escritor ruso, Mereshkovski, hace resaltar la lucha que se mantiene constante entre su soberano genio de escritor y sus propósitos de ser algo distinto. Después de *Guerra y paz*, publicada de 1865 a 1872, y de otras novelas menores, cada obra suya es un combate, lo mismo que su vida. Novelas como *Ana Karenina*, *La sonata a Kreutzer*, *Resurrección*, libros de crítica como *¿Qué es el Arte?*, tratados religiosos, ensayos políticos, le muestran, ante todo, como apóstol y reformador. Quiere realizar un cristianismo de los primitivos tiempos apostólicos, y, sin volverse a la Iglesia católica, mantiene constante lucha con la Iglesia ortodoxa que repetidas veces le excomulgó. Hombre de clase elevada y de libre posición, militar en su juventud, con todas las condiciones favorables para brillar en el mundo, se aparta de él, y pasa la vida en su dominio de Yasnaia Poliana, en voluntaria pobreza personal, entregado al estudio, a la enseñanza, a los trabajos manuales; y aun de esto huye a punto de morir, abandonándolo todo en desesperada protesta social. Tal fué, a grandes rasgos, su extraordinaria vida de hombre.

Es difícil al lado de Tolstói poner otras figuras que, no sintiendo la de Dostoyevski, sostengan el parangón. Abundan, sin embargo, en las letras rusas los escritores de fuerte interés humano. Poetas como Tiútchef (1803-1873), que en

la escuela de Púschkin se desarrolló con talento original, primoroso estilista admiradísimo por Turguénev y por las nuevas generaciones; como el discutido Negrásóf (1821-1877), a quien Tolstói niega todo talento, pero que en vida logró renombre de poeta político y luchó en la prensa a favor de los siervos; Apolo Maikóf (1821-1897), Atanasio Fet (1820-1898), Jacobo Polonski (1820-1898), apartados los tres de la musa política y defensores del arte por el arte, delicioso versificador el segundo, que sabe hacer sonar notas de gran pureza: el conde Alejo Tolstói (1817-1875), que alcanzó fama, no sólo de poeta, sino de novelista y dramático; y, por último, el melancólico Nádson (1862-1887), que después de una gran popularidad ha venido a caer en un hondo olvido, quizá no del todo justificado. Al lado de estos líricos hay que mencionar al novelista Gónchárov (1814-1891), que en su obra capital *Oblómof* ha puesto de relieve un vicio nacional, la pereza, con extraordinaria verdad de realización, y a los dramaturgos Pisemski (1820-1881), desolado y violento, y Ostrovski (1820-1886), cuyas obras de costumbres tienen gran interés.

Las letras políticas, en un país privado de toda libertad, sin asociaciones ni periódicos, hubieron de manifestarse, ya en escritos publicados en el extranjero, ya disfrazadas con el velo de la ficción novelesca, ya por interpolaciones en las obras clásicas, ya en los dominios de la crítica. Fué esta en Rusia crítica de partido, casi siempre. Bielinski (1810-1848), influido por los idealistas alemanes, instauró una crítica artística, diferente en esto de Cernishevski (1828-1889), más famoso por su novela de tendencias sociales *¿Qué hacer?*, pero notable como crítico, que estima sólo el arte como reflejo de la vida, lo mismo que Pisaref (1841-1868), desdenoso de toda tendencia puramente estética, que logró influjo considerable. Se ha de mencionar aún al político Alejandro Herzen (1812-1870) y al filósofo Vladimiro Solovióf (1853-1900), católico, que escribió en francés una de sus obras capitales, sobre *La Iglesia rusa y la Iglesia universal*, y dió a su filosofía base religiosa. Dejó también poesías muy es-

timadas por las nuevas generaciones, que inauguraron la tendencia simbolista.

Varios nombres de novelistas destacan en estos años últimos. El de Antón Chékhof (1860-1904), de un crudo realismo pesimista, que reviste a veces tonos cómicos muy singulares; el de Vladimiro Korolenko (n. en 1853), que tiene notable talento descriptivo y honda melancolía de sentimiento; el de Alejo Péschkof, o sea, por su nombre de pluma, Máximo Gorki (n. en 1868), en que la novela se desenvuelve en ambientes populares, dentro de un arte estricto y de una concepción pesimista de la vida: el tipo del *vagabundo* es acaso su más alta realización. Esas vidas sin objeto, que un instante de terror, de angustia, mueve en una dirección cualquiera y vuelven después a su atonía, si escapan de la muerte, nadie las ha pintado como Gorki. Su "descubrimiento", por la Europa occidental fué ruidosísimo. No ha logrado igual fama, aunque esté traducido a todos los idiomas y sea bien conocido, Leónidas Andréief (n. en 1871), cuyos relatos punzantes dan una exasperada visión de almas apasionadas, de vidas rotas. Un momento de celebridad tuvo Alejandro Kúprin (n. en 1870) con su novela *El desafío*, que refleja las miserias de la vida militar en una guarnición reducida.

Estos son escritores realistas. Con Demetrio de Mereshkovski (n. en 1865) entramos en el dominio de lo filosófico. Bien conocidas son sus novelas sobre Juliano el Apóstata, Leonardo de Vinci y Pedro el Grande, traducidas también al castellano. Sus resurrecciones de épocas pasadas en que las ideas antiguas luchan con el nuevo pensamiento, tienen gran atractivo. Ha escrito además buenos libros de crítica y bellas poesías, así como su esposa Zenaida Gippius (n. en 1870), de lirismo algo abstruso y metafísico.

Entre los poetas contemporáneos, el primer lugar corresponde a Constantino Balmont (n. en 1867). De él ha dicho otro poeta, Valerio Briúsof (n. en 1872), que su verso no tiene rival en la literatura rusa; es poeta más de espontáneas emociones que de concepciones vastas; pero ha herido todas las cuerdas de la lira y ha logrado sacar de ellas sonos su-

blimes. Al lado de una extensa obra personal tiene una múltiple labor de traductor, y con ella ha ejercido también gran influencia. El conocimiento de los grandes líricos extranjeros que ha transformado la poesía rusa, se le debe en parte. Entre sus versiones las hay de dramas de Calderón y de poesías de Espronceda y otros autores españoles. En la producción de Briúsof citemos, además de sus versos, sus novelas *El Angel de fuego* y *El altar de la victoria*. Como poeta prefiere cantar la vida ciudadana, las luchas de todos los días; tiene también una copiosa labor divulgadora de las modernas literaturas extranjeras.

A medio camino entre las direcciones de la poesía política y las nuevas orientaciones aparece Nicolás Minski (n. en 1855), menos famoso que sus compañeros; Fedor Sologúb (n. en 1863), que junto a oscuros poemas pesimistas y decadentes tiene una recia obra de novelista, culminante en el *Demonio mediocre*, y cuentos y parábolas de gran encanto; Bunin, Block, Biely, armoniosos y contenidos; Ivánof, arcaizante de tendencia filosófica; Kuzmín, Voloshin, el conde Alejo Tolstóy, a quien se llamó Tolstóy III, que ha dado nueva vida artística a la leyenda popular, y los extravagantes Sergio Goredetzki e Igor Severianin, representantes de las más avanzadas exploraciones de la novedad literaria.

La novela tiene como representante más caracterizado a Miguel Artsibáchef, autor de *Sanin* y de otras narraciones ya traducidas al francés. Un ardiente erotismo se mezcla a sus fuertes cualidades de escritor, desesperado y pesimista. En la misma dirección se mueven Anatolio Kaménski y el ambiguo Miguel Kuzmín.

La novela y la lírica han florecido en Rusia con gran valor humano y artístico. No así el teatro; con tener producciones interesantísimas, no iguala al de otros países septentrionales. En cambio, de la unión de las diversas artes, música, danza, pintura, con la literatura, que sólo ofrece el asunto, han brotado las maravillosas creaciones coreográficas que han corrido triunfantes el mundo en estos últimos años. También las nuevas tenden-

cias de la escenografía han logrado en Rusia gran impulso.

Ukrania tiene lengua y literatura propias. En su territorio, dividido entre Rusia y Austria, cuatro regiones, la Pequeña Rusia, Galizia, Bucovina y algunas comarcas húngaras, se ha producido, desde 1798, en que el poeta Ivan Kotlarevski publicó los primeros cantos de su *Encida*, poema patriótico y satírico en que disfraza con vestidura clásica su sentimiento nacional, un movimiento literario. Un gran poeta, natural de la Pequeña Rusia, Tarass Shevchenko (1811-1861) que fué siervo durante veinticuatro años y estuvo desterrado otros muchos, ha logrado la consagración más alta entre sus compatriotas que en sus poesías y en su novela autobiográfica *El artista*, ven reflejadas las características de su pueblo. J. G. Fedkovich, muer-

to en 1888, y cuya obra, inédita en gran parte, se ha ido publicando en años recientes, realiza la imagen del poeta patriótico, lleno de savia popular. Entre los autores que viven, Ivan Franko, autor de voluminosa labor, ha dado nuevo impulso a las letras patrias divulgando por medio de traducciones las más famosas obras occidentales, el *Quijote* entre ellas. Alábanse también los cuentos rurales, de Basilio Stefanyk.

E. DIEZ-CANEDO

BIBLIOGRAFÍA.—(Citamos sólo las obras que hemos podido aprovechar, y que, escritas en idiomas corrientes, pueden ser consultadas por nuestros lectores; para los que tengan interés por las obras escritas en ruso, hay indicaciones en el libro de Kropótkin que se cita).—EMILIA PARDO BAZÁN, *La revolución y la novela en Rusia*, Madrid, 1887.—K. WALBERWESKI, *La littérature russe*, Paris, 1900.—IVAN STRANNIK, *La pensée russe contemporaine*, Paris, 1903.—L. LÉGER, *La littérature russe*, (2.ª edición), Paris, 1905.—OSSIP LOURÉ, *La Psychologie des romanciers russes*, Paris, 1905.—A. BRÜCKNER, *Geschichte der Russische Literatur*, Leipzig, 1905. (Hay traducción inglesa).—S. PERSKY, *Les maîtres du roman russe contemporain*, Paris, 1913.—J. CHUTEVILLES, *Anthologie des poètes russes*, Paris, 1914.—M. BARING, *An outline of russian literature*, Londres, 1915.—P. KROPOTKIN, *Russian literature. Ideals and realities*. (Nueva edición) Londres, 1916.—P. SELVER, *Modern russian poetry*, Londres, 1917.

CANTO DE JUVENTUD

EN las horas acaso más entretenidas, cuando nos asedian con más viveza las solicitudes sociales y animadas, en un salón, en un espectáculo bullicioso, de repente cae sobre nuestros ojos una niebla. Es el momento en que la persona próxima, amante o impertinente, hace su habitual interrogación a propósito de la singular mudanza. ¿Qué ha sido? ¿Un dolor, un mal instantáneo, un resentimiento?...

Las causas de esos cambios súbitos no suelen revelarse casi nunca, un poco porque parecerían pueriles, y por timidez pudorosa. ¡No es nada!, contestamos. Pero la verdad es que el firmamento espiritual lo hemos visto ensombrecerse con una brusca y terrible sombra, como una noche total.

Es cuando nos asaltan esas ideas decisivas, fundamentales, que se ocultan habitualmente en las simas del olvido, y que de pronto emergen, rasgan el cielo de nuestro espíritu y lo tornan negro como noche oscura. Escogen para sur-

gir los momentos menos capaces; nos asaltan en plena diversión, en una amable y animada hora, cuando menos podríamos resguardarnos y estamos más indefensos. Una vez es la idea dramática de que nuestra conciencia moral puede anularse con la muerte; otra vez es la evidencia lúcida de que el dolor del mundo carecerá eternamente de remedio; otra vez, en fin, pensamos: El único objeto que tiene la vida, y por lo que la vida posee sentido y valor, es la juventud...

Consideramos entonces, con una lucidez alucinante, que nuestras vidas maduras carecen por tanto de realidad, y que nosotros, al convertirnos en los frutos que somos, ya hemos sobrepasado la línea del transcendentalismo. Y un pensamiento sarcástico e implacable nos dice, en suma, que el objeto de la vida no es el fruto, sino la flor.

Miramos entonces a las raíces de los propósitos universales, y vemos que el mundo quiere la vida, no por el fruto,

pero por la flor. Vemos que el fruto no es el fin, como ha pretendido una sabiduría capciosa; el fruto es el medio que usa la Naturaleza para crear la flor...

El año se justifica y se valoriza porque puede producir la Primavera; el giro y sucesión de las estaciones tienen como única finalidad la aparición de la Primavera. Al nacimiento de un niño todo se afana y esmera por la única y absorbente idea de llegar a la Juventud. Las fuerzas vitales se amaestran infinitamente, luchan por mimar y enriquecer al impúber, lo defienden, lo agrandan, hasta que logra abrirse la flor juvenil. Después, diríase que las energías misteriosas, como genios obcecados en su único propósito floreal y juvenil, nos abandonasen a nuestros propios recursos. Ya no interesamos a la Naturaleza. Nos pide sólo que usemos de nuestra Juventud para crear otras nuevas aspiraciones juveniles... Y abandonados a nosotros mismos, en efecto, nosotros mismos necesitamos luchar desde entonces contra el catarro, la indigestión, el pesimismo, la experiencia y los deberes sociales.

Es así como se comprende aquella mal disimulada impertinencia, aquella irreprimible jactancia que muestra la Juventud ante la vida y los hombres maduros. Hay en todo joven la idea imponderada de que el mundo, con sus agasajos, le pertenece, y que él es el núcleo y la justificación del mundo. Y piensa la verdad.

De pronto, pues, nos asalta la convicción de que la Juventud es lo "único real" en la vida; ésta nos entristece hasta las entrañas del ser, porque asistimos a la lúcida revelación de nuestro fracaso. Y sentimos ante el destino la ácida impresión del rencor, de la melancolía, porque comprendemos haber sido juguetes de una falacia. Nos imaginábamos que el fin y objeto de nuestra vida era el desarrollo sucesivo de nuestra personalidad, y al contrario, venimos a comprender que nuestra vida "ha tenido" un objeto real: la Juventud. Ya no lo tiene más.

La llamarada de la Juventud es tan viva, divina y transcendental, que el resto resulta opaco, tenue y terreno. Es una exaltación sinfónica, un énfasis vital, una hipertrofia de energías, una monstruosidad de sensaciones y quimeras co-

mo ya nunca vuelve a repetirse. Todo es grandé, más bien descomunal, en la Juventud. Las sensaciones físicas adquieren una intensidad que en vano desearemos percibir después. El gusto, el tacto, el amor, el hambre y la sed, el entusiasmo gimnástico, la fatiga y el reposo, el dormir y el cantar, el reír y el accionar: todo esto logra en la Juventud una intensidad máxima.

Los movimientos morales son igualmente intensísimos y monstruosos. La amistad se traba rápidamente y llega a inefables exaltaciones. El amor llega al modo de un ímpetu, y queda el ser juvenil como embriagado, como poseído.

Las quimeras y ensueños alumbran el alma en constantes auroras, de una luz resplandeciente que ya no veremos brillar después. Rodeado de quimeras, precedido de esperanzas, oyendo la orquesta mágica de las ilusiones, el joven marcha con paso ágil y bailarín, exigiendo al destino cuanto los demonios tentadores le prometen.

¿Qué vale nuestro concepto del mundo? ¿Qué misterio o encrucijada tiene ya para nosotros la vida?... Pero el joven ve la vida en una forma tan gloriosa, enorme, profunda y llena de sinuosidades y misterios inextinguibles, que sólo por gozar de esa fantástica interpretación de la vida en la Juventud, quisiéramos volver a nacer.

¡Ah! Esta misma función de escribir en que ahora me ocupo, ¡cómo la interpretaba yo a los quince años! ¡Qué suerte de admiración, Dios mío, aquella que ponía trémula la mente del muchacho, cuando soñaba en poder escribir, publicar y circular por el mundo las páginas emocionadas! ¡Qué manera de leer los versos, absorbiéndolos como exactas voces de la divinidad! ¡Cuántas alucinadas contemplaciones del cielo estrellado o de la redonda y pálida luna, después de una tarde de intensas emociones literarias! ¡Cómo la ingenua alma interrogaba al porvenir, y lo entreveía semejante a una apoteosis de cosas y acciones magnificas!...

José M.^a SALAVERRÍA

No se devuelven los originales ni se mantiene correspondencia acerca de ellos.

DIDO Y ENEAS

No hay seguramente entre todas las bellezas que se encierran en la Eneida de Virgilio, ninguna que pueda compararse a la que el poeta atesoró en el conmovedor episodio de los amores de Eneas y la infortunada reina de Cartago. Esta tragedia íntima y profunda, ocupa por entero en la epopeya virgiliana el libro cuarto, del cual puede decirse que es uno de los más bellos que la inteligencia del hombre ha producido. En él se siente, como en ningún otro, palpitar el espíritu callado y sereno del poeta, aquél su espíritu tan peculiar, tan ingenuo, tan dispuesto a conmoverse ante todo humano dolor. Meditando unos instantes los versos de este libro, llega a parecernos que no son Eneas y Dido los que hablan, sino el propio Virgilio, que adueñándose de sus espíritus prorrumpe en un grito de pasión doloroso y largo tiempo contenido.

Eneas, aquel héroe troyano que el autor de la Iliada reservó para mayores destinos, llega a las playas de Cartago maltrecho por la tempestad que la cólera de Juno desencadenó sobre sus naves; Dido le acoge hospitalaria y le invita a relatar las aventuras y sufrimientos de la guerra troyana; el héroe accede, y a medida que habla, Dido que le escucha con avidez, va sintiendo que un fuego secreto la devora tenazmente; la figura y las palabras del troyano quedan impresas en lo más profundo de su espíritu; en vano lucha por apartar de sí, en vano trata de resistir a la pasión que la domina, invocando su rango y su pudor; las palabras de su hermana Ana, lejos de calmarla, la inflaman más y más; "La reina infeliz corre por la ciudad enfurecida, sintiendo que la llama amorosa devora su pecho; corre como la cierva alcanzada en los bosques de Creta por la flecha del pastor que la hirió sin saberlo; en vano huye a través de los bosques y de los sotó dicteos; el hierro mortal vibra hundido en su costado".

Un día, al despuntar la aurora, Eneas

y Dido, acompañados por la más escogida juventud de ambos pueblos, salen de caza. El poeta reserva para este momento el de la caída amorosa de la reina. Conociendo a Virgilio, después de habernos saturado de la mansa serenidad de sus Églogas, o de la dulce ingenuidad de sus Geórgicas, sabíamos de antemano de qué modo había de descubrir este momento culminante. En medio del ardor de la caza, el cielo comienza a retumbar con un murmullo aterrador. Tirios y troyanos huyen desparramados en busca de un refugio seguro. "Dido y Eneas se retiran a una misma gruta; los fuegos del cielo refulgen; el agua, en torrentes, se precipita desde las altas montañas; el Éter, cómplice de Himeneo se inflama, y las Ninfas dejan oír a lo lejos sus gritos ensordecedores". Véase de qué modo sabe evitar Virgilio en este momento toda sensualidad y crudeza; el furor de la naturaleza, la tempestad desencadenada, el clamoreo de las Ninfas que acompaña como un himno triunfal a aquel desposorio, parecen suspender el ánimo del lector ante la grandeza de la descripción. A partir de este momento, la emoción de los versos va amplificándose, aumentándose cada vez más hasta la desesperación y la muerte. Eneas, obedeciendo a Júpiter, desata a media noche sus naves del litoral africano y emprende la marcha; las súplicas, las lágrimas, la desesperación de la abandonada no han logrado retenerle; es el destino, el implacable destino el que le obliga a partir. Dido, no tiene ya otro recurso ni otro consuelo que la muerte. Con pretexto de un sacrificio mágico, que debe atraer de nuevo al ingrato, hace preparar una ingente pira. En un último transporte, revolviendo en sus órbitas los ojos inyectados en sangre, temblorosa y cubierta ya por la palidez de la muerte, sube a la pira, en donde ha puesto el lecho nupcial y la efigie del troyano; su mano empuña la espada desnuda del héroe, aquella espada que el héroe le regalara un día pa-

ra fin bien distinto. "Moriré sin venganza, pero moriré; así, así quiero descender a la región de las sombras. ¡Que el ingrato vea desde la alta mar estas llamas y se lleve consigo el funesto presagio de mi muerte!" Dice, y se arroja sobre la espada; la Fama, que apoya sus pies en la tierra, y oculta su cabeza entre las nubes, extiende la noticia por la ciudad; Ana, que acude desesperada, trata en vano de reanimar a su hermana: la mirada agonizante de la reina busca con un supremo esfuerzo la luz de los cielos, y suspira temblorosa al sentirla... Iris, por orden de Juno, desciende del cielo sobre sus alas bañadas de rocío, y corta el cabello fatal que aún liga a la vida el alma de la amante abandonada. Y, allá a lo lejos, Eneas, desde lo alto de su nave, ve subir hasta el cielo el humo de la pira que una fuerza superior a su voluntad encendió en la ciudad.

Tal es, a grandes rasgos, lo más saliente de este episodio, en el cual nos ha legado Virgilio una honda y verdadera tragedia. Nada más humano que esta figura de mujer, que a impulsos de la pasión lo olvida todo, incluso la fe jurada al recuerdo del esposo muerto. Nada tiene de extraño, si se considera el número de bellezas contenido en la *Eneida*, la admiración con que fué acogido este poema, que venia a llenar un vacío en la literatura romana, y a satisfacer una verdadera exigencia nacional. Esta admiración que, como es bien sabido, persistió durante toda la Edad Media, tuvo en el fondo algo de nigromancia y de superstición. Dante Alighieri, al elegir a Virgilio para personaje central de su portentosa creación, contribuyó a difundir el conocimiento de la obra del poeta latino, "*fonte che spande di parlare sì largo fiume*", y a quien el poeta de Florencia debió su inspiración y hasta el estilo:

Tu se' lo mio maestro e il mio autore:
Tu se' solo colui, da cui io tolsi
Lo bello stile, che m'ha fatto onore.

El episodio de Dido y Eneas fué siempre de los más admirados; ya desde antiguo se trató de investigar si era o no creación del poeta de Andes. Para los

más, formaba ya parte de la leyenda de Eneas, y se encontraba, en sus líneas generales, en el *Bellum punicum* de Nevio; Virgilio, en este caso, no habría hecho otra cosa que apropiárselo, despojarlo de su vetustez, e infundirle toda la finura y la fuerza de su musa. Nevio a su vez, según las teorías más recientes, debió dar acogida en su poema a una leyenda de origen púnico y esencialmente cartaginesa. Lo que sí parece indudable es que Virgilio tuvo modelos en este como en otros pasajes de su poema. Servio, uno de sus antiguos comentaristas, señalaba las analogías del libro IV de la *Eneida*, con los Argonautas de Apolonio de Rodas; pero no hay necesidad de salir del campo de la poesía latina para encontrar un antecedente literario a la figura de Dido. Todo el que haya leído el episodio de Ariadna, cruelmente abandonada por Teseo en la playa de Naxos, que es lo más saliente de las Bodas de Tetis y Peleo de Catulo, habrá podido notar una cierta semejanza, por lo menos en sus líneas generales, con el episodio de Virgilio que comentamos. Siempre resultará, a pesar de todo, que este último es más fuerte, más desgarrador, más lleno de una emoción que va aumentando por grados hasta resolverse en una catástrofe sangrienta; las palabras de Virgilio son más humanas, esencialmente humanas; están, por así decirlo, más cerca de nosotros; son suaves y violentas al mismo tiempo; el horror de la muerte se esfuma poco a poco, y ya no lo sentimos cuando la reina abre sus ojos por última vez, y suspira, acaso con el ansia secreta de vivir, al contemplar la luz de los cielos.

En esto estriba, a mi juicio, la originalidad del episodio: en lo que tiene de humano. Nadie, por poca sensibilidad que tenga, dejará de sentirse penetrado, al leerlo, de una emoción creciente y profunda, que es, al fin y al cabo, lo único que perdura de la obra de un poeta, a través de los siglos.

AGUSTÍN MILLARES CARLO

Prohibida la reproducción de textos y grabados.

LOS CLÁSICOS: EURÍPIDES

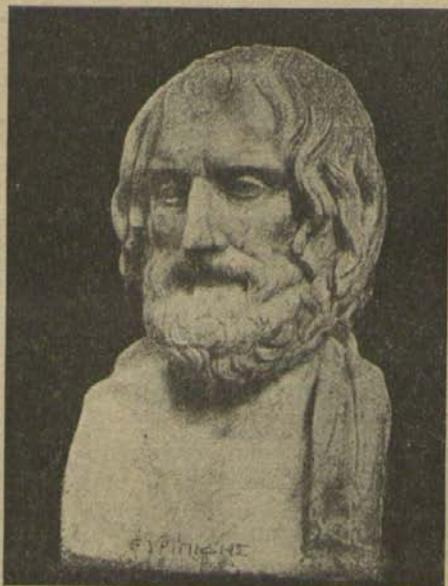
PARA los manuales de literatura que los hombres que hoy tienen treinta años estudiaron en su mocedad, Eurípides era "el tercero" de los grandes trágicos de Grecia: grande, pero "el tercero". Para caracterizarle, se decía: Esquilo pinta los dioses; Sófocles, los héroes; Eurípides, los hombres. Y como los hombres son mucho menos importantes que los héroes y que los dioses, Eurípides tiene importancia mucho menor que Sófocles y Esquilo. Precisamente por pintor de los hombres, y, en especial de las mujeres, hállase hoy Eurípides más cerca de nosotros; y precisamente porque su falta de respeto para con los dioses de Grecia, su rebelión contra las ideas tradicionales, su afición a las novedades filosóficas de su tiempo, coinciden con tendencias bien determinadas del pensamiento moderno, ha ganado Eurípides, sobre sus dos compañeros, en simpatía y estimación. Ellos se mantienen incommovibles, con una máscara invariable y un alto coturno, como sus personajes. Eurípides, baja hasta nuestra talla, se quita la careta, le vemos dudar y sufrir, es más de hoy. "Amado por los poetas, desdeñado por los críticos", le llama el profesor Gilbert Murray que le ha estudiado con penetración y detenimiento. Y en verdad que el amor de los poetas no le ha faltado ni los lectores tampoco. Por esta razón se conservan más obras suyas que de sus dos compatriotas juntos. En España le traducen, en el siglo XVI, Fernán Pérez de Oliva. Boscán, Fray Luis de León; en la Inglaterra del siglo XVIII, el erudito Porson, comparándole con Sófocles decía:

"admiramos al uno, pero leemos al otro"; para Goethe, era el mayor dramático del mundo. La crítica y la erudición modernas le han examinado como poeta, como pensador. El citado profesor Murray y el Dr. Verrall, en Inglaterra; Decharme y Masqueray en Francia; Romagnoli en Italia; Steiger en Alemania han contribuido recientemente al enaltecimiento del trágico. Los manuales futuros ya no

le llamarán "el tercero" sino "uno de los tres"; ni siquiera es tercero cronológicamente, como no se tome con todo rigor la fecha del nacimiento; porque su muerte ocurre en 406, unos meses antes que la de Sófocles.

Tuvo Eurípides en vida, y de su vida trascendió a su fama póstuma, lo que se llamaría hoy "mala prensa". Los escritores cómicos, y en especial Aristófanes, le maltrataron a conciencia, a un que en ocasiones no dejaran de inspirarse en él. Gracias a esos ata-

ques, se le fabricó una biografía según la cual era hijo de un comerciante modesto, Mnesarcos o Mnesarquides, y de una verdulera, Clito; fué bigamo, o por lo menos dos veces casado, y las dos desgraciado en su matrimonio, de donde sacó un odio a la mujer, visible, decían en muchas obras suyas; y murió despedazado por los lebreles o por las mujeres, furiosas contra él por su misoginia. Esta tradición le da por nacido en Salamina, el mismo día de la famosa batalla contra los persas, el año 480. Pero una crónica hallada en la isla de Paros, no desmentida aun formalmente, dice que nació en 484, fecha que se ha de tener por segura mientras no venga a demos-



EURÍPIDES

Busto del siglo IV. Museo Nacional de Nápoles.

trarse otra cosa. Otras noticias seguras tenemos acerca de su vida. En los concursos dramáticos a los cuales presentaban los poetas una trilogía y un drama satírico, triunfó cinco veces: la primera en 441; la última después de muerto, con la trilogía de que formaba parte Ifigenia en Aulide. Fué hombre rico; tuvo propiedades en Salamina, con una gruta al mar en que trabajaba gustoso; se distinguió en la pintura; poseyó una biblioteca particular muy importante; fué discípulo de Anaxágoras y amigo de otros filósofos. Por el libro "De los dioses", que Protágoras leyó en alta voz en casa del trágico, le vió condenado y desterrado; él mismo estuvo acusado de "impiedad" por Cleon el demagogo. Antes hicimos alusión a sus ideas y sentimientos con respecto a las creencias religiosas griegas. Un crítico moderno, (el Dr. Verrall), exagerando tal vez, las ha concretado en el título de su libro "Eurípides el racionalista".

Como trágico, señálase en Eurípides una fisonomía revolucionaria en cuanto a la idea, tradicional en cuanto a la forma; pero este carácter tradicional no deja, sin embargo, de admitir novedades: novedades métricas, cambios en las partes diversas de la tragedia. Por ejemplo, el coro en él es más reducido, se desprende más de la acción que en Esquilo y en Sófocles. Una tragedia griega era una obra "total" de poesía en que la épica, la lírica y la dramática de los preceptistas lograban plena representación. El personaje del "mensajero", que relataba acciones ocurridas en lugares alejados de la escena, representaba lo épico; lo lírico se encomendaba al coro; lo puramente dramático, era el diálogo de los protagonistas. A este dió capital importancia Eurípides, y, en tal sentido, es el más "dramático" de los trágicos griegos. Cuidóse también mucho de la parte musical, de que hoy nos formamos escasa idea, a pesar de recientes descubrimientos, pero que podemos presumir compuesta de canto a son de la música, y recitado en que la música, quizá sólo las flautas, eran tan sólo un tenue acompañamiento. La voz por sí sola, aunque reforzada por los elementos sonoros de las caretas, lucía en los trozos dramá-

ticos. Eurípides fué amigo y acaso protector de Timoteo el músico jonio, reformador de su arte entre los griegos.

Consérvanse de Eurípides diez y ocho obras, o diez y nueve, si se cuenta el Rhesos, que muchos autores dan por apócrifa, aunque Murray la considere como obra de juventud, conocida sólo en una versión retocada mucho después. Hay entre ellas, además de tragedias, dramas satíricos; las producciones así llamadas, que completaban, en las fiestas dionisiacas, el espectáculo compuesto de una trilogía, eran, en su origen, obras en que el coro estaba formado por sátros. Parece que una de las innovaciones de Eurípides consistió en prescindir de esa circunstancia. Su Alceste, la obra más antigua, quizá que de él se conserva, es de 438, y sustituyó al drama satírico a continuación de la trilogía compuesta de Las Cretenses, Alcmeón en Psofis y Telefo, perdidas todas ellas. Podemos leer hoy las tituladas El Ciclope, Alceste, Medea, Hipólito, Hécuba, Los Heraclidas, Andrómaca, Las Suplicantes, Heracles, Ion, Las Troyanas, Ifigenia en Táuride, Helena, Las Fenicias, Electra, Orestes, Ifigenia en Aulide, Las Bacantes y además el discutido Rheso. Las citamos, aproximadamente, por orden cronológico, siguiendo a modernas autoridades. Conócense, además, muchos títulos, y quedan fragmentos de bastante importancia: fué el trágico más citado por los escritores antiguos.

En sus obras los caracteres aparecen analizados con aguda penetración psicológica. Por vez primera, la mujer aparece en el teatro griego "ondulante y diversa", vista en su complicación y en la violencia apasionada de su carácter; Fedra, Andrómaca, Medea, todas sus heroínas, en general, son verdaderos tipos de mujer. Hay quien ha visto en ellas las precursoras de las heroínas ibsenianas. Y no sólo por ese lado se ha querido hacer un paralelo entre Eurípides e Ibsen: el llamado teatro "de ideas" puede ostentar, en medallones gemelos, las efigies de ambos poetas trágicos.

De la influencia de Eurípides en los grandes autores de la literatura moderna, mucho se podría escribir. Bastará que

citemos la Fedra de Racine, la Electra, de Alfieri, la Ifigenia de Goethe, para demostrar que los mayores ingenios han ido con él. Todavía, en la España de hoy, halla Eurípides un eco en cierta Fedra, de D. Miguel de Unamuno, que no ha visto aún las luces de la escena.

LESER

ANDRÓMACA

(Andrómaca, huyendo de la cólera de Herminone y de Menelao, se ha refugiado en el templo de Tetis, buscando un asilo inviolable. Para obligarla a salir y darle muerte, Menelao, que llega con Moloso, hijo de Andrómaca, amenaza con inmolar al niño en su lugar. La madre se decide por fin al sacrificio, después de pronunciar estas palabras desgarradoras en las que recuerda su triste suerte: [versos 384-420]:)

“¡Ay de mí! ¡Cruel alternativa! ¡A qué fatal elección me fuerzas! Desgraciada seré si acepto; infortunada si rehuso! ¡Oh, tú, que te dejas arrebatar a tales excesos por causa tan pequeña, escúchame! ¿Por qué me matas? ¿Por qué? ¿Cuál de tus ciudades entregué al enemigo? ¿a cuál de tus hijos di muerte? ¿qué palacio tuyo incendié? Obligada por fuerza dormí con mi dueño, ¿por qué me hieres a mí y no a él, causante de todo el mal? Tú olvidas las causas y sólo atiendes a las consecuencias, tan lejanas. ¡Ay de mí! ¡Terrible mal! ¡Oh desgraciada patria: mira cuán indigno es mi destino! ¿Para qué fui madre? ¿Acaso para que este nuevo tormento viniera a añadirse a los otros que soporto?... Pero ¿de qué me sirve lamentarme de esto? ¿Por qué no considero, por qué no deploro más bien mis recientes desgracias? Yo vi el cadáver de Héctor que un carro arrastraba por el polvo; vi, ¡oh dolor!, a Troya pasto de las llamas; yo misma, convertida en esclava, subí, arrastrada por los cabellos a las naves griegas, y, una vez en Pthia compartí el mismo lecho con el asesino de Héctor. ¿Qué atractivo puede tener la vida para mí? ¿Hacia dónde volveré mis ojos? ¿Hacia las desgracias que ahora sufro, o hacia las pretéritas? Sólo me quedaba este hijo, luz de mis ojos, y quieren matármelo los que así lo han decidido. ¡Oh, nunca, nunca consentiré que perezca para salvar mi vida! A él, sano y salvo, le sonríe la esperanza; a mí, sólo me aguardaría el oprobio si me negase a morir por mi hijo. Heme aquí; abandono el ara sagrada y me entrego en vuestras manos; podéis desollarme, destrozarme, atarme, suspenderme

del cuello, si queréis. ¡Oh hijo; hijo mío, aquella que te dió la vida va a descender a las regiones del Orco, para que no perezcas; pero tú, si escapas a la muerte realmente, acuérdate de tu madre, acuérdate de lo que ha sufrido antes de morir. ¡Acoge a tu padre con besos y con lágrimas, y rodeando su cuello con tus brazos, hazle saber mi triste suerte! Porque, para todos los hombres, los hijos son la propia vida; aquel que no conocedor de la dicha que proporcionan, los vituperan, quizás sufriran menos, pero su felicidad más bien podría llamarse desgracia.”

(Tan pronto como la heroína abandona el santuario, Menelao ordena a los suyos que se apoderen de ella y le aten las manos; al mismo tiempo hace saber a la desgraciada la inutilidad de su sacrificio, pues su hijo perecerá si Herminone lo quiere. Andrómaca da entonces rienda suelta a su indignación en estos términos: [versos 445-463].)

“¡Oh habitantes de Esparta, los más odiados por el género humano entre todos los mortales, aconsejadores de la astucia, príncipes de la mentira, pérfidos maquinadores de toda clase de males, miserables que ni tenéis jamás un pensamiento noble, ni meditáis otra cosa que el engaño! ¡Inmerecida es la felicidad que disfrutáis entre los pueblos griegos! ¿Qué de crímenes no habéis cometido? ¿Qué de innumerables matanzas! ¡Siempre se os ha visto correr tras una ganancia vergonzosa, diciendo una cosa y pensando otra muy distinta! ¡Ah! ¡Maldición sobre vosotros! La muerte será menos cruel de lo que te imaginas, para mí que lo perdí todo, el día que vi caer a la desdichada ciudad de los Frigios y a mi ilustré esposo, aquel cuya lanza amenazadora te cambió tantas veces de soldado que combate sobre la tierra firme, en cobarde marino, obligándote a buscar refugio en tus naves. Ahora te muestras feroz, porque tus armas tienen enfrente una mujer, y quieres matarme; máteme, pues, que yo no me rebajaré jamás a dirigir ni a ti ni a tu hija palabras aduladoras! Si eres el primero en Esparta por tu nacimiento, yo fui también en Troya la primera; hoy me atormenta la desgracia, pero no te enorgullecas, porque algún día podrás tú también correr la misma suerte!”

ORESTES

(Orestes, asesino de su madre Clitemnestra, se ve perseguido por las Furias y postrado en el lecho. Electra, su hermana, está sentada a su cabecera. La inmovilidad del durmiente es tan completa que se diría que ha muerto... De pronto despierta, y su razón, serena en un principio va extravián-

dose gradualmente, hasta quedar presa del delirio. [Versos 211-306]).

Orestes. ¡Oh, dulce alivio del sueño, remedio del sufrimiento!, ¡qué suavemente te has deslizado hasta mí, cuando tanto te necesitaba! Venerable olvido de todo mal, ¡cuán poderosa es tu ciencia, oh dios anhelado por los que sufren! ¡En dónde estoy? ¡Quién me trajo a este sitio? ¡Cómo pude llegar aquí? Privado de la lucidez de mi espíritu, nada recuerdo.

Electra. ¡Oh, hermano querido! ¡Qué alegría haberte visto caer vencido por el sueño! ¡Quieres que te ayude? ¡que levante tu cuerpo?

Orestes. Sí, cógeme, cógeme. Enjuga la espuma acumulada sobre mi pobre boca y sobre mis ojos.

Electra. Ya está. ¡Oh dulce oficio! Hermano, nunca me negaré a acercar a tus miembros cansados mi mano fraternal.

Orestes. ¡Tómame en tus brazos! ¡aparta de mi rostro mis cabellos en desorden; mis ojos apenas distinguen.

Electra. ¡Pobre cabeza sórdida y despeinada; ¡qué salvaje aspecto te ha dado el largo abandono!

Orestes. ¡Recuéstame de nuevo sobre el lecho; cuando cesa mi mal, este mal de locura, siento mis miembros quebrantados y sin fuerzas.

Electra. Ya está. El enfermo ama el lecho. Molesto es, pero necesario.

Orestes. No, levántame otra vez; vuelve a colocarme en la posición que antes tenía; el sufrimiento me impacienta.

Electra. ¡Quieres levantarte? Hace mucho tiempo que no caminas, en toda cosa, la variación siempre es grata.

Orestes. Sí, si quiero; el caminar es la apariencia de la salud, y la apariencia es buena, cuando la realidad no existe. (*Se levanta.*)

Electra. Escúchame ahora, hermano mío; escúchame ahora que las Furias te permiten usar de tu razón.

Orestes. ¿Vas a decirme algo nuevo? Si es bueno, me será grato; si desagradable, bastante tengo con mis desgracias.

Electra. Ha llegado Menelao, hermano de tu padre; sus navíos han tocado ya las riberas de Nauplia.

Orestes. ¿Qué dices? ¿Ha venido para salvación de dos desgraciados este hombre de nuestra sangre y que tanto debe a mi padre?

Electra. Sí, ha venido, y en prueba de ello, escucha; trae consigo a Helena desde los muros de Troya.

Orestes. Si hubiese escapado solo, su suerte sería más envidiable; pero si trae consigo a su mujer, terrible mal le acompaña.

Electra. Tyndaro dió el ser a unas hijas insignes por sus infamias y por la triste gloria que han logrado en toda la Grecia.

Orestes (extraviándose.) ¡Oh, no te pa-

rezcas nunca a esas malvadas mujeres! Tú lo puedes; haz que tus pensamientos estén de acuerdo con tus palabras.

Electra. ¡Hermano, hermano mío!, ¡tu mirada se extravía! Tan sensato hace mi instante, la locura te asalta de nuevo.

Orestes (Delirando.) ¡Oh madre mía, yo te lo ruego! ¡No lances contra mí a las virgenes de ojos ensangrentados, que agitan sus cabelleras de serpientes! (*Señalando al vacío.*) ¡Míralas, allí, allí, muy cerca! ¡Quiéren precipitarse sobre mí!

Electra. ¡Estate tranquilo, desventurado, estate tranquilo en tu lecho! ¡Nada ves de lo que te figuras!

Orestes. ¡Oh, Apolo! ¡Estas diosas caninas, de mirada aterradora, sacerdotisas de los infiernos, horribles divinidades, me matarán! (*Trata de librarse de Electra.*)

Electra. No, no te soltaré. Sujetándote entre mis brazos contendré tus fatales transportes.

Orestes. ¡Suéltame! ¡Tú eres una de mis Furias! ¡Tú me sujetas de ese modo para precipitarme en el Tártaro!

Electra. ¡Pobre de mí! ¿Qué auxilio invocaré, si un Dios hostil se vuelve contra mí?

Orestes (a un personaje imaginario.)

¡Dame el arco de cuerno, regalo de Ioxias, con ayuda del cual me dijo Apolo que haría huir a las Furias amenazadoras! Aunque sean diosas, las heriré con mis flechas, si no huyen de mi presencia. ¿No oís? ¿No veis que las flechas aladas se lanzan rápidas de mi arco que todo lo alcanza? ¡Ah, ah! (*dirigiéndose a las flechas.*) ¿Por qué vaciláis? ¡Elevaos hasta el Eter sobre vuestras alas, y acusad a los oráculos de Febo! (*Volviendo en sí.*) ¡Pobre de mí! ¿Por qué este desfallecimiento y este aliento entrecortado? ¿Por qué, por qué me he lanzado lejos de mi lecho? Después de la tempestad, he aquí que la mar en calma se me muestra otra vez. (*A Electra que llora en silencio.*)

Hermana, ¿por qué lloras con la cabeza oculta en tus vestidos? Avergüenzome de asociarte a mis males y de importunar con mi enfermedad a una virgen como tú. No te consumas víctima de sufrimientos que yo tan sólo merezco; es verdad que tú aprobaste el asesinato, pero fui yo el único que vertió la sangre de mi madre; sólo acusa a Apolo, que después de haberme empujado al crimen más impío de todos los crímenes, me consuela con palabras, y no con obras. Estoy seguro de que si hubiera preguntado a mi padre cara a cara: ¿debo matar a mi madre?, me hubiese ordenado, acariciando muchas veces mis mejillas, que no hundiese mi espada en el seno de la que me dió el ser, puesto que él no recobraría por eso la vida, y yo, desgraciado de mí, habría de colmar la medida de mis males. Y ahora, descúbreme, hermana; seca tus lágrimas y no llores más, por grande que sea nuestra desgracia. Cuando me vea sumido en la desesperación, calma-

me, apacigua mi espíritu feroz y extraviado; cuando tú gimas soy yo el que debo reconfortarte con mi presencia y mis dulces palabras; tal es la ayuda eficaz que mutuamente deben prestarse dos seres que se aman. ¡Oh desventurada! Entra en el palacio, descansa un poco y deja que el sueño acaricie tus párpados insomnes; toma algún alimen-

to y derrama sobre tu cuerpo la fresca del agua. ¿Qué sería de mí si tú me faltaras o si enfermases rendida de cansancio? Sólo tú permaneces a mi lado y cuidas de mí; los demás, ya lo ves, me han abandonado.

EURIPIDES

(Nueva traducción de A. M.)

LAS GRANDES FIGURAS DEL ARTE

MIGUEL ANGEL

El 6 de marzo de 1475 nació Miguel Angel Buonarroti en el pueblo de la provincia de Arezzo llamado Caprese. Su padre desempeñaba allí, transitoriamente, un puesto de la judicatura. La madre murió cuando él tenía unos dos años. Su verdadera cuna puede decirse que fué Florencia, porque allí creció y allí fué discípulo de los Ghirlandajo.

Miguel Angel trae la turbulencia, la energía sobrehumana, la concepción gigantesca de las cosas y del hombre sobre todo. Aspero en arte, amargo en sus apreciaciones del mundo, reconcentrado y hasta sombrío, él es, como hombre, la figura que se puede contraponer a Leonardo, tan entusiasta de la vida y de sus múltiples aspectos. Sin embargo, fué un corazón apasionado entusiasta y capaz de grandes sacrificios, como lo comprueban sus relaciones familiares, sus poesías, su epistolario y sus relaciones amistosas con aquella dama de gran relieve en la historia italiana que se llamó Victoria Colonna.

Las obras ajenas que más influjo tuvieron sobre él en los comienzos de su carrera, fueron—aparte de las de Bertholdo di Giovanni, director de la Escuela de Arte que tenía Cosme de Médicis en su jardín—, los frescos de Masaccio en la iglesia del Carmen (Florencia) y los de Lucas Signorelli, en la catedral de Orvieto.

Sus primeros trabajos, sus obras juveniles, se conservan en Florencia, en la casa de los Buonarroti. Son la *Madonna de la escalera* y la *Lucha de los centauros*. El estilo de estas primeras

cosas tiene un reposo que desaparece luego.

La primera obra de gran empuje es la *Piedad*, colocada hoy de un modo absurdo en una capilla de San Pedro, en Roma. La hizo por encargo del embajador francés en el Vaticano Juan de Villiers, hacia 1499, personaje con quien entró en relación por medio del aristócrata romano Jacobo Galli, para el cual labró en Florencia, el año 1495, dos obras menores, un *Cupido* y un *Baco ebrio*. Hoy es difícil suponer que aquella agrupación de la Virgen y Cristo muerto hubiera podido presentarse como un problema. Y sin embargo lo fué. Miguel Angel tenía que salvar, y salvó, la dificultad de poner un cuerpo, que lógicamente debe ofrecer una línea horizontal, sobre las rodillas de otro cuerpo. Esta obra le retuvo en Roma hasta 1501, en que fué llamado a Florencia para sacar el mayor partido posible de un gigantesco bloque de mármol, empezado ya a labrar y abandonado por otros. De aquel bloque salió el *David*, obra de grande belleza y grandes desaciertos, por la cual sienten los florentinos verdadera veneración.

El joven héroe tiene las formas indecisas del muchacho que se hace hombre: las extremidades, sobre todo las manos, han evolucionado antes que el torso. A la postura desdichada del brazo izquierdo parece que se vió obligado por la forma misma del bloque de mármol. El momento psicológico elegido es el inmediatamente anterior a la pedrada. El héroe conoce lo certero de su vista y lo

MIGUEL ÁNGEL



SAGRADA FAMILIA. (Pintura).

Museo de los Oficios. Florencia.

Fot. Anderson.



MEDALLÓN DE LA VIRGEN Y EL NIÑO

Museo Bargello. Florencia.

Fot. Anderson.



"PIEDAD". *Iglesia de San Pedro.*

Roma.

Fot. Anderson.



MOISÉS, *Del sepulcro de Julio II.*

Iglesia de San Pedro ad Vincula. Roma.

Fot. Anderson.

MIGUEL ANGEL



DAVID. *Accademia
de Florencia.*
Fot. Anderson.



JULIO DE MÉDICIS
Iglesia de S. Lorenzo.
Fot. Anderson.

"LA NOCHE".
*Detalle del sepulcro de
Julio de Médicis.*



*Iglesia de San Lorenzo.
Florencia.*
Fot. Anderson.



ATLANTE.
*Detalle de los techos de la
Capilla Sixtina.
Vaticano, Roma.*
Fot. Anderson.

ESCLAVO.
Museo del Louvre, París.
Fot. Anderson.



fuerte de su brazo. Ahora mide la distancia que le separa del gigante y la dimensión de su cuerpo. La mano está preparada.

Este bloque de mármol pesa 150 quintales. Estuvo al aire libre, frente al Municipio florentino, hasta 1873, en que fué trasladado a la Academia.

De la misma época que el *David* es la *Madonna* que hizo para la ciudad de Brujas, en la cual Miguel Angel ofrece la novedad de poner al Niño entre las rodillas de la madre, de pie en el suelo, apartándose de lo corriente, que era colocarlo sobre las rodillas. En este grupo atiende a la verticalidad de las figuras en conjunto y en detalle, cosa que robustece la seriedad grave de los semblantes.

Son también de la misma época los dos medallones de la *Virgen*, uno en la Academia de Arte de Londres y otro en el Bargello de Florencia, y la *Sagrada Familia*, de los Oficios (Florencia), que es una pintura, en redondo también, desgraciada de sentimiento, pobre de color, pero importantísima desde el punto de vista técnico. En ella se propuso dar la mayor impresión de movimiento y agrupar tres figuras en el menor espacio posible. Asoma también en ella el ideal, que luego desarrolló con todo vigor, esto es: sacar, a luz clara, la belleza del cuerpo humano. Esto se ve, no sólo en las pequeñas figuras del fondo, sino en el mismo cuerpo de la Virgen; figura por lo demás demasiado hombruna. La postura y los movimientos de brazos de esta Virgen quedan, por mucho tiempo imborrables en la retina de los artistas. Se ve también en este cuadro un pugilato con Leonardo, un deseo de apiñar tres figuras sin que sufra la claridad.

Estaban por entonces los dos genios en Florencia. Fué cuando recibió el encargo de decorar la sala del Ayuntamiento con dos asuntos de la historia patria, obras que no llegaron a terminarse. La obra de Miguel Angel se conoce mejor que por ningún otro, por el grabado de Marco Antonio Raimondi. Es notable la libertad con que Miguel Angel interpreta un momento de guerra

culminante. Nada de tropas en marcha, nada de combates ni detalles guerreros. El escoge el momento en que las tropas florentinas reciben el aviso de la proximidad de los pisanos. Los florentinos estaban bañándose y se apresuran a salir y vestir las armas. Esta escena le permitía a Miguel Angel presentar el cuerpo humano, cuya anatomía y construcción conocía como nadie, en las posturas más activas, audaces y hermosas.

En 1505 fué llamado a Roma por el Papa Julio II. Se trataba de hacer el sepulcro de éste, vivo aún, y que la obra sobrepujase a todas las de su género. Miguel Angel acometió la empresa con un impetu y un fervor indecibles. Cuarenta figuras enteras, según su primer boceto, debían decorarla. Pero estaba dicho que esta había de ser la tragedia de su vida. De todos aquellos planes no salió más que el seco monumento de San Pedro ad Vincula, donde—también es verdad—junto a las pobres figuras de Rahel y de Lea aparece la obra más famosa de Miguel Angel: el *Moisés*, el cual corporiza al héroe judío en forma y fuerza que rebasan lo humano. Debíó terminarlo el año 1513 o poco más. Algo después labra los *Esclavos* que hay en el Museo del Louvre.

Pero la obra magna de Miguel Angel está en los frescos que hizo en los techos de la Sixtina. Ellos representan cuatro años de labor, de trabajo incesante. El coloso rendía jornadas completas sin bajar de los gigantescos andamios—verdadera obra de ingeniería—, y sin variar la postura torturante de la cabeza, levantada hacia el techo.

Empezó su labor con repugnancia; él despreciaba la pintura y repetía constantemente que había nacido para la plástica.

En la gigantesca obra de la Sixtina se ve que para Miguel Angel no existía otra belleza que la forma humana. No hay en todo aquel inmenso espacio decorado ornamentación vegetal ni lineal donde la vista descanse. Todo está conseguido con los cuerpos humanos. Tuvo el atrevimiento—dado el lugar—de fingir las historias bíblicas a base de desnudos. Allí no hay trajes, como tampoco hay paisajes. De vez en cuando, en una esquina, un tallo

silvestre le basta para representar la vegetación terrena. Un árbol significa el Paraíso.

No podemos describir paso a paso los asuntos desarrollados, las escenas bíblicas, las figuras de las *Sibilas*, de los *Profetas*, de los *Atlantes* (entre estos últimos están las figuras varoniles más hermosas que pintó en su vida); pero citaremos un detalle que revela al artista creador. Está en la escena del pecado original. Eva ofrece la manzana. Pero, ¿con qué gesto? Miguel Angel conoce el valor sensual de la molición, Eva ofrece la manzana, pero no en pie, echada en el suelo, contra el árbol.

Nada podemos decir tampoco de los disgustos y contiendas entre los dos fuertes y viriles temperamentos, el Papa y el artista. Las cosas que toleró de Miguel Angel no las hubiera tolerado Julio II de nadie. Huyó varias veces del Vaticano, y el Papa terminó siempre por buscarle y atraerle. Ocupa esta pugna casi toda la vida de Miguel Angel. Paralelamente sostiene otra, más íntima, sugestiva e impresionante, con su pasión por Victoria Colonna, mujer de extraordinario espíritu. La intensidad que aquellas dos almas pusieron en sus diálogos se fué para siempre. Sólo nos queda de tan sugestiva amistad las poesías que el gran imaginero le compuso. Miguel Angel era feo; su vida es dolorosa; vida de lucha titánica con todo y con todos, incluso consigo mismo. Esta perenne turbulencia, este esfuerzo gigante es el que sobresale en su obra.

Pero en la capilla Sixtina quedó algo sin terminar en aquellos cuatro años: el *Juicio final*, que lo pintó de 1535 a 1541.

Entre aquellos cuatro años y el *Juicio final* llevó a cabo el sepulcro mencionado antes y otros encargos de los Médicis, de los cuales el principal es el de la capilla

medicea de San Lorenzo en Florencia. La figura de Juliano de Médicis aparece sentada dentro de un nicho bajo el cual hay un sarcófago con las figuras del *Día* y la *Noche* recostadas en él. Lorenzo de Médicis—la figura cognominada *el Penseroso*—está en igual disposición, pero sobre el sarcófago se reclinan la *Aurora* y el *Ocaso*. Giuliano aparece vestido de general romano, mira en la lejanía de un modo fuerte y agudo, con la cabeza vuelta. Lorenzo aparece reconcentrado en su pensamiento, con la cara en sombra. La Aurora está representada por una figura gigantesca de mujer que desentumece sus miembros al salir del sueño. El Ocaso por un hombre rendido de la fatiga diaria y entregado a pensar en su suerte futura. El Día es igualmente un hombre musculoso, lleno de fuerza. El hallazgo genial en esta figura está en la postura de la cabeza, que asoma como el sol por encima del hombro. La Noche, una mujer entregada al sueño profundamente.

De las obras sueltas restantes sólo citaremos aquí la magistral figura de Bruto que conserva el Museo Bargello de Florencia.

Los planos y trazados arquitectónicos interesaban cada día más al viejo maestro. Roma debe gran parte de su fisonomía a su incansable y variada actividad. Trabajó en el palacio Farnesio, dibujó los planos para modificar la plaza del Capitolio, reformó las termas de Diocleciano, construyó la Puerta Pía, donde asoman las formas barrocas, y, al morir Bramante, se puso al frente de las obras de San Pedro.

Murió el 18 febrero de 1564 en Roma. Su arte fué la cima de una serie de evoluciones, un punto de altura vertiginoso.

J. MORENO VILLA

DON QUIJOTE DE LA MANCHA

TRECE EDICIONES DIFERENTES DE LA

«CASA EDITORIAL CALLEJA»

(Prospectos gratis.)

CONCEPTO HISTÓRICO DE LA GRANDEZA Y LA DECADENCIA DE ESPAÑA

II

Las ideas acerca de la grandeza y la decadencia de España tienen mucho de vagas, de poco precisas. Son hijas del conocimiento superficial de la Historia, que dan los compendios y los tratados generales, pero se modifican en cuanto se profundiza algo en su estudio. Los hechos históricos vistos de lejos y bajo el disfraz de que los reviste un patriotismo muy irracional y mal entendido, pero muy humano, pierden toda realidad y se convierten en un vano fantasma, en un cúmulo de ilusiones y de conceptos falsos, que se desvanece no bien se le acerca el observador para analizarlo. Entonces comienza a vislumbrarse el verdadero carácter de sus hechos; entonces comienza a percibirse la evolución por que han ido pasando las instituciones, las relaciones sociales y las ideas hasta llegar a su estado presente.

Nada induce tanto a error en los juicios sobre la Historia como no tener en cuenta esa evolución interna de las sociedades y atribuir a éstas en todo el curso de su desarrollo constitución análoga a la que hoy tienen; no ver el constante cambio que en lo material y en lo espiritual experimentan, y que las hace ya distintas de sí mismas en dos períodos inmediatos de su vida, y mucho más si esos períodos están separados por lapsos considerables de tiempo. Quien desde el suyo, y participando de las ideas y preocupaciones en él reinantes, aprecie y juzgue los sucesos y los hombres de siquiera un siglo antes, y mucho más los de todos los tiempos que le precedieron, incurrirá en grandes errores en sus apreciaciones y en sus juicios. Hasta las ideas acerca de la moralidad son distintas en cada período. Se engañará quien se coloque en el mismo punto de vista para apreciar y juzgar actos iguales, pero ocurridos en tiempos diversos, pues cada acto ha de ser pesado y medido ais-

ladamente, conforme a las ideas reinantes en la sociedad y en el tiempo en que tuvo efecto. Esa constante mudanza de punto de vista que tiene que efectuar el que pretenda conocer la Historia, es una de las causas que más dificultan su estudio, y que hacen más que ardua, imposible la tarea del autor de historias generales, si aspira a que sean otra cosa que discursos elocuentes o piezas magistrales de literatura.

Las teorías reinantes sobre la grandeza y la decadencia de España se fundan en la supuesta existencia en los siglos XVI y XVII de un reino de España, de un Estado español, señor de inmensos pueblos y territorios de Europa y del mundo, y en las mermas y pérdidas de dominios que en el segundo de esos dos siglos y en los siguientes fué experimentando. Mediante una operación mental inspirada en hechos y situaciones presentes, trasládase la España de hoy, con los límites que tiene, a los principios del siglo XVI, y se la supone dueña y señora de Nápoles, Sicilia, el Milanesado, Flandes, Holanda, Zelanda, Frisia, el Tirol, el Franco Condado y otras provincias de Europa, a las cuales agregó en ese mismo siglo Portugal, que, desde nuestro actual punto de vista, no se cuenta como parte de España; atribúyesele también el dominio de las Indias Occidentales, aumentado, también en ese mismo siglo, con buena parte de las Orientales, y, por un escrúpulo de conciencia que recuerda el de los gatos de la fábula, no se la hace también dueña de Alemania durante el reinado de Carlos V, y de Inglaterra, durante los pocos años del de Felipe II, en que fué allí rey consorte ese soberano. No se la supone dueña de Aragón, Cataluña y Valencia, porque formando esas provincias parte del Estado español de hoy, y trasladando éste a aquellos tiempos, como lo hacemos, hemos de contarlas co-

mo elementos constitutivos o miembros del sujeto agente y no del sujeto paciente: del poseedor y no del poseído. Para completar ese tan glorioso como fantástico cuadro, supónese a esa soñada España, próspera, floreciente, rebosante de población, de actividad y de vida; asombrando al mundo con las victorias de sus ejércitos, con las empresas de sus navegantes, con las producciones maestras de sus sabios, de sus teólogos, de sus literatos y de sus artistas; nadando en la opulencia que le daban, no sólo la feracidad de su suelo y la vigorosa vida de su comercio y de su industria, sino el áureo río que, moderno Pactolo, le llegaba de América.

Tal es el deslumbrante cuadro que se nos presenta de esa edad de oro que llaman era de grandeza de España. Veámoslo ahora por el reverso, por el que nos muestra la era de su decadencia. Prescindamos de los Estados y territorios que, después de la abdicación de Carlos V, pasaron a pertenecer a su hermano Fernando, ya que nuestros historiadores, contenidos por los escrúpulos de conciencia a que me referí poco atrás, no los cuentan entre los *dominios* de España; contemos solamente los que heredó su hijo Felipe II. Ya en tiempo de este monarca *perdimos* las Provincias Unidas, que habían de constituir tiempo adelante el reino de Holanda, pérdida compensada en cierto modo por la *adquisición* de Portugal; siguieron las pérdidas de territorios en los reinados de sus sucesores los Felipes tercero y cuarto: pérdidas, no sólo en Europa y América, sino en la misma España, pues Portugal fué siempre una comarca de España. En Europa, aparte de Portugal, *perdimos* la Valtellina, la Picardía, el Artois, el Franco Condado; en América, islas y regiones de la Tierra Firme, de que se apoderaron corsarios ingleses, franceses y holandeses. En el reinado de Carlos II continuó *nuestro* descenso, perdiéndose esta vez hasta territorios, como el Rosellón y la Cerdeña, que venían formando parte desde tiempo muy remoto de un Estado, cual Cataluña, de los que integran la España de hoy, y que, por tanto, incluimos también en la España imaginaria de entonces. Para los

que no quieren ver en el último período de la dinastía de Austria el término de nuestra decadencia y la suponen prolongada hasta nuestro tiempo, la encuentran claramente marcada en el curso de la historia por las pérdidas de territorios a que hubo de resignarse Felipe V, por virtud de la paz de Utrecht, las cuales atribuimos, como las anteriores, a España y no a sus soberanos; y las que en los comienzos y en las postrimerías del siglo último sufrió España en América y en Asia, pérdidas estas últimas que deben considerarse bajo muy otro aspecto que las de los siglos anteriores, porque, conforme a las ideas sobre soberanía, y conforme al concepto sobre la entidad que la ejerce, que al presente prevalecen, tienen carácter completamente distinto.

La destrucción de la Armada Invincible, en el reinado de Felipe II; la expulsión de los moriscos, que arrancó a España lo más laborioso de ella, en el de Felipe III; el decrecimiento de la población; la muerte de la industria; la vida lánguida del comercio; la propiedad territorial, casi toda en manos muertas; los desastres de *nuestros* ejércitos; el empobrecimiento general que resultó de todo ello, son pinceladas que oscurecen el tenebroso cuadro de la España de la segunda mitad del siglo XVII, sólo alumbrado por el resplandor fatídico de las hogueras inquisitoriales.

¿Tendré que esforzarme mucho para demostrar cuán erradas, incongruentes y fantásticas son todas esas concepciones? Con afirmar, como ya lo he hecho, que en los siglos XVI y XVII no había tal Estado español, y con agregar, como ahora lo hago y probaré en adelante, que, aun admitiendo su existencia en la forma que se quiera, no poseía tales pueblos y territorios, ni ejercía sobre ellos autoridad ni soberanía de ninguna clase; que ni hubo nunca en el período histórico que estoy examinando tan grandes altas y bajas en la población, en la industria y en la riqueza como se supone; que ni la expulsión de los moriscos tuvo las trascendentales consecuencias que se la atribuyen, ni eran ellos lo más trabajador e industrioso de nuestra población; que ni los ejércitos que comba-

tian en Europa a sueldo de nuestros reyes y en defensa de sus pretensiones y de sus derechos eran ejércitos españoles que tuvieran punto alguno de semejanza con los ejércitos nacionales de nuestro tiempo, ni combatían por España, ni en nombre y representación de España, y que no son más ciertas que esas suposiciones otras muchas que se hacen sobre cosas de esos tiempos, quedará deshecho ese fantasma de grandeza y de decadencia de España forjado por la fantasía. Hasta ese mismo fantasma ha tenido ya tiempo de evolucionar, transformándose de idea humildísima, insigni-

nificante, que tuvo por fuerza que ser en su oscura e ignorada cuna, en la teoría histórica de gigantescas proporciones en que ha venido a convertirse en nuestros días.

Pero acerquémonos a ese coloso; examinemos minuciosamente uno por uno sus miembros; analicémoslo; sepamos lo que hay en él de real y lo que hay de fantástico, y nos asombraremos al ver que es una pura ilusión, un fenómeno de espejismo histórico, un producto de conceptos erróneos sobre la naturaleza de las cosas pasadas.

CRISTÓBAL DE REYNA

LA NAVEGACIÓN SUBMARINA

AUNQUE se cree comúnmente que el navegar bajo el agua es novedad muy reciente y todavía más su aplicación a la guerra marítima, cuantos han hecho particular estudio de la materia, y muchísimas personas de conocimientos generales saben que no sólo en teoría sino en la práctica, y muy señaladamente como medio ofensivo, la navegación submarina se remonta a tiempos prodigiosamente antiguos. Hállanse, en efecto, noticias sobre ella esparcidas acá y allá por obras de multitud de autores de todos los tiempos, y hasta referencias de pasada al mismo asunto en tal o cual de los clásicos griegos y latinos, datos con los cuales podría formarse un libro muy voluminoso, aunque de laboriosísima factura, por la enorme dificultad de averiguarlos y reunirlos.

Nada menos que en el reinado de Alejandro Magno hallan algunos, bien que fundándose en noticias vagas de autores de tiempo muy posterior, ejemplos de navegación submarina. También se atribuye a Arquímedes la invención de un barco submarino; aquí, con buen fundamento, por ser ese celeberrimo sabio del siglo III anterior a Cristo, además de versadísimo en ciencias físicas y matemáticas, autor del principio de hidrostática que lleva su nombre, en el cual se funda precisamente la navegación sub-

marina, y cuyo enunciado no establecería ciertamente sin maduros estudios y muchos experimentos en la materia.

Pero si las materias relativas a tiempos tan remotos pecan de vagas, no así las referentes al siglo XIII de nuestra Era, las cuales prueban con testimonios irrecusables que era ya conocida y practicada entonces en Europa la navegación submarina, si bien de un modo imperfecto y rudimentario, como tenía que ser, dada la imperfección en que por el mismo tiempo se hallaban las artes industriales.

Viniendo a tiempos más modernos, hallamos en el año 1610 a un Cornelio Van Drebbel, flamenco de Alkmaer, efectuando pruebas con un submarino de su invención en el Támesis. Se dice que el rey Jaime, el padre de Carlos I, tomó parte personalmente en ellas, embarcándose con el mismo inventor. En la guerra de independencia de los Estados Unidos contra su metrópoli figuró ya un barco submarino en la flota americana: el inventado por David Bushnell, que navegaba y maniobraba con notable facilidad a lo que se dice, tanto a fiote como sumergido. Merece consignarse que efectuaba la propulsión con una hélice en vez de remos. Atribúyese, aunque erradamente, a ese mismo David Bushnell la invención del torpedo submarino,

aunque ciertamente lo empleó con buen éxito en 1777, echando a pique dos embarcaciones inglesas en el río Delaware.

Mucho más que David Bushnell se distinguió como inventor de barcos submarinos y de torpedos su compatriota Roberto Fúlton, que también lo fué de la aplicación de la máquina de vapor a la navegación. Del submarino Fúlton hablan con grandísimos encomios muchas publicaciones de principio del siglo último. Sirvió primero a Francia en la guerra en que estaba empeñada contra Inglaterra; pero un desaire que le hizo el Emperador, fué causa de que se pasase al servicio de esa última potencia, donde fué benévolamente acogido por el entonces primer ministro William Pitt. Lanzó en 1804 contra la flotilla francesa de Boloña un brulote de su invención, cargado con 300 libras de pólvora y destruyó una de las naves con los veinte hombres que la tripulaban. Pocos días después voló en la rada de Walmer, por vía de ensayo y en presencia de una comisión científica y de numerosísimo público, el navío Dorotea. Inglaterra se dió cuenta entonces de lo poco que le convenían los inventos de Fúlton, que tendían a favorecer a los débiles contra los fuertes, y le fué retirando la protección que al principio le había otorgado. Con tal motivo se restituyó Fúlton a América, su patria, donde prosiguió sus ensayos, encontrando ocasión de aplicarlos en la guerra que entre 1813 y 1815 sostuvo su país contra la Gran Bretaña. En 1814 voló varios barcos ingleses y causó grandes averías por medio de un torpedo al navío inglés Plantagenet. Sorprendióle la muerte en 1815, cuando se ocupaba en la construcción de un nuevo modelo de submarino, que no era el segundo, ni aun el tercero de los navíos que en creciente éxito había ensayado; pues nunca cesó de trabajar en el perfeccionamiento de su invento primitivo.

Pasaré por alto otras noticias sobre submarinos, para decir cuatro palabras, por lo curioso del caso, sobre el inventado por cierto capitán mercante, o mejor dicho, raquero o aventurero inglés, llamado Johnson, el cual concibió el atrevido proyecto de sacar a Napoleón

de su destierro de Santa Elena. Tenía prometidas Johnson sumas enormes en caso de buen éxito, y por adelantado 40.000 libras esterlinas, que había de recibir al darse a la vela. La noticia de la muerte de Napoleón, llegada cuando se daba la última mano al submarino, desbarató todo el plan. Ese mismo Johnson, que era hombre de extraordinaria serenidad y audacia, navegó en 1823 bajo las aguas del Támesis en su submarino (que debía de ser el mismo que destinaba dos años antes a la empresa de Santa Elena), y estuvo diez horas sumergido, con los cuatro marineros que lo tripulaban.

En la guerra de Secesión de los Estados Unidos, que fué entre el 61 y el 65 del último siglo, emplearon submarinos los confederados contra la flota federal, que era mucho más poderosa que la suya, y causaron averías en algunos de los barcos que bloqueaban sus costas, y hasta la destrucción de uno de ellos.

No fueron los españoles los más rezagados en los intentos que se hicieron en los dos primeros tercios del último siglo para resolver de un modo completamente satisfactorio el problema de la navegación submarina, debiendo citar el famoso Ictíneo, del catalán Narciso Monturiol, cuyas pruebas, efectuadas en Barcelona en Julio del 59 y en Alicante en Marzo del 61, fueron coronadas por el más brillante éxito. Creo que no debió de ser muy posterior al submarino de Monturiol el de un señor García, inventor también de un excelente modelo de fusil de retrocarga, que no fué, sin embargo, aceptado, nada más, a lo que tengo entendido, que por la absoluta carencia de iniciativa para adoptar innovaciones de que adolecen en España los organismos oficiales y la decidida hostilidad con que reciben las que se les presentan. Carezco de datos del submarino de García, aunque infiero de las excelentes condiciones de inventor que demostró en su fusil, que fuera tan perfecto a lo menos como otros de su mismo tiempo, si no superior a ellos.

Peró todos los aparatos de que hasta aquí he hablado pertenecen a lo que pudiera llamar infancia de la navegación submarina, la cual se prolongó, como se

ha visto, por muchísimos siglos, porque no era posible que un arte que lleva por lastre, por decirlo así, los problemas más arduos y complicados de las ciencias físicas y naturales y de la mecánica, pudiera desenvolverse antes de que esos problemas estuvieran resueltos. Sin la perfección a que han llegado las artes mecánicas en nuestro tiempo; sin las infinitas aplicaciones de la energía eléctrica; sin los medios de que hoy dispone la industria metalúrgica; sin la aplicación del hierro a la construcción naval; sin los increíbles adelantos que en los últimos tiempos han hecho las ciencias químicas

y sus derivadas; sin las máquinas de motor de explosión, fruto de esos adelantos de la química y de los otros dichos conocimientos y prácticas industriales, no era posible que muchos de los problemas que la navegación submarina plantea, pudieran ser satisfactoriamente resueltos. Así hemos visto en el período de los últimos cuarenta años sucederse los modelos de submarinos de más en más perfectos, al comjás mismo que iban ampliándose los conocimientos y aplicaciones de las dichas ciencias.

FERNANDO SARMIENTO

CÓMO SE RESOLVERÁ LA CUESTIÓN DE LOS CRIADOS

TENÉIS criadas? Pues me guardaré mucho de preguntaros si estáis satisfechos de ellas ante el temor de recibir una contestación negativa. Por regla general, así se dice a lo menos, son embusteras, ladronas, perezosas, ingratas, desobedientes...; ¡qué sé yo las cualidades que se les atribuyen! Y todo el mundo exclama con la amargura que produce el recuerdo de un bien perdido: ¿dónde están los fieles servidores de antaño?

¡Ah! los fieles servidores de antaño han desaparecido con el estado social que permitía su existencia. Ya no se ven aquellos criados, que pertenecían a la familia, se sentaban a la mesa con sus amos, tomaban parte en sus conversaciones, y a veces se permitían algunos consejos que eran escuchados con deferencia. Habíalos antes porque las clases sociales no estaban separadas como hoy por profundos abismos, no existiendo obstáculo alguno en las relaciones del hombre con el hombre. El amo conocía personalmente a los padres de sus criados y éstos que, por lo regular, habían crecido bajo el techo hospitalario de la casa de su amo, se identificaban con este nuevo hogar a tal punto que ni aun los golpes de la adversa fortuna eran bastante para que lo abandonaran. El algunos cementerios campestres se observa, no sin emoción profunda, que las tumbas de los viejos servidores de la casa se agrupan en derredor de las tumbas de sus señores. Hasta después de la muerte pertenecían los criados a la familia.

Nada de esto puede hoy suceder, porque no existe la compenetración debida entre las diversas clases sociales.

En tiempos pasados, toda mujer que tenía que ganar con el trabajo el pan cotidiano pensaba en la domesticidad, porque no se le ofrecía otro campo donde desplegar sus facultades.

La aparición de fábricas y de talleres cambió el aspecto del problema; porque la mujer pudo ya elegir nuevos terrenos en que desplegar su actividad. Siendo criada, alquila, no solamente su trabajo, sino también su persona. Carece de hogar donde poder crearse una familia o tener el derecho de recibir a quien quiera. Ni aun el secreto de la correspondencia existe para ella, y siempre esclava del timbre, que la llama lo mismo de día que de noche, apenas si se le conceden, de tarde en tarde, algunas horas de salida. Siendo obrera, por el contrario, alquila tan sólo su trabajo, o, por mejor decir el trabajo de algunas horas, exactamente determinadas de antemano. Excepción hecha de estas horas, goza de completa libertad, sin que nadie pueda discutirle la inviolabilidad de su domicilio, ni el derecho de vestirse como le parezca y a pasearse en compañía de quien le plazca. Cierta que los salarios son menos elevados. Una costurera gana en París 2,50 francos diarios, con los que ha de pagar habitación, comida, alumbrado y calefacción, teniendo, además, en cuenta las vacaciones forzosas del verano. Una criada, en cambio, no tiene para qué preocuparse de nada de esto, y los 50 ó 60 francos mensuales que recibe como salario, bástanle de sobra para el vestido, los gastos menudos y las economías. Tal es la razón de que figuren muchas más criadas que obreras en los libros de la Caja de Ahorros.

Esto no obstante, es cada vez mayor el número de jóvenes que prefieren a la domesticidad el trabajo del taller o la fábrica.

Puesto que las jóvenes pobres y necesitadas de buscar un trabajo retribuido van prefiriendo, cada vez en mayor número, la fábrica o el taller a la domesticidad, llegará a suceder una de estas dos cosas: o bien que no se encontrarán criadas, o bien que éstas reclamarán de sus amos la libertad de que hubieran gozado en el taller o en la fábrica. En otros términos, en vez de alquilar su persona, alquilarán su trabajo para determinadas labores domésticas.

Es indiscutible que el número de sirvientes va disminuyendo. En 1886 había en Francia 892.759 criados y 1.311.471 criadas, y diez años después, o sea en 1896, ya no se contaban más que 160.173 de los primeros y 703.148 de las segundas. Las dificultades para encontrar criados son cada vez mayores, y en la pequeña burguesía la disminución progresiva de las rentas y del valor del dinero hace que se vaya sustituyendo la *criada para todo* por una *asistente*. La señora va al mercado, y, auxiliada por sus hijas, arregla la casa, los hijos limpian sus trajes y embetunan sus zapatos, y solamente para extraordinarios es llamada una persona extraña. Aún recuerdo de una familia de modestos funcionarios a cuya mesa se sentaban, de vez en cuando, algunos amigos. Aquellos días era recibido todo el que llegaba, y servida luego la mesa por una criada que vestía la indumentaria clásica con impecable corrección; pues bien: era sencillamente una vecina pobre a la que se llamaba por su nombre propio, pero que se convertía de nuevo en madame Clément no bien recibía los dos francos por que estaba ajustada. Ejemplos análogos conocerán seguramente mis lectores.

No creo, sin embargo, que la domesticidad desaparezca en absoluto, por lo menos en mucho tiempo todavía, y esto por razones que se refieren unas a los amos y otras a los criados.

Fuera temerario, en primer término, esperar que por la democracia habrá de surgir entre nosotros la sencillez de los tiempos homéricos. La misma Nausica tenía criadas, y no hay francés que se represente a la esposa del jefe del Estado condimentando los manjares que habrá de gustar los huéspedes del Eliseo. Esto sin contar que hay casas en que una criada presta un servicio real y casi indispensable. ¿No es evidente, por ejemplo, que dos esposos dedicados ambos a la enseñanza, necesitan una criada, lo mismo que si pertenecen a un establecimiento docente que si dan lecciones en su propio domicilio?

No ignoro las predicciones que se nos hacen acerca de los futuros progresos de la ciencia y de su influencia decisiva en el término de la domesticidad. En la ciudad futura, dicen algunos, prepararán grandes co-

cinas los alimentos de todos los ciudadanos, y si éstos gustan de comer en su casa, en vez de hacerlo en la mesa municipal, bastará con que avisen por teléfono para que un automóvil les lleve los yantares conservados a la temperatura conveniente por medio de calentadores eléctricos. Para el aseo de las habitaciones habrá sociedades, como ya existen, de limpieza por el vacío, y dos veces a la semana los aparatos de la sociedad se encargarán de quitar automáticamente el polvo de las alfombras y de las colgaduras.

Al pie de la escalera y junto a la habitación del portero hará colocar el propietario una máquina embetunadora en la cual bastará colocar el pie para que el zapato más lleno de lodo se torne brillante como un espejo, y aun aseguran ciertos escritores, entre ellos monsieur Charles Andler, que muchos quehaceres domésticos, como sucede ya con el lavado de la ropa, serán confiados a empresas especiales.

Todo induce, por lo tanto, a creer que durante mucho tiempo todavía existirán algunas personas necesitadas de los servicios ajenos y otras dispuestas a prestárselos. Pregunté en cierta ocasión a una muchacha qué motivos la habían impulsado a entrar como sirvienta en una casa no obstante su repugnancia a la sujeción en que vivía. "Porque de criada, me respondió, se puede mejor que en ninguna otra profesión realizar algunas economías y se aprenden cosas que pueden servir de mucho a una mujer si llega a casarse. Además, hay mayor facilidad que andando por las calles para conservarse honrada". Estas razones serán concluyentes mientras sean verdaderas, y como es probable que sigan siéndolo, siempre habrá mujeres que busquen en la domesticidad el medio de ganarse la vida.

Como el número de ellas habrá, sin embargo, de ir disminuyendo cada vez más y llegará un día en que la demanda de criados sobrepuje en mucho a la oferta, tendrán que buscar las clases privilegiadas medios adecuados que les aseguren el reclutamiento del personal doméstico, y a este efecto será preciso el establecimiento de escuelas profesionales de las que salga la mujer provista de su certificado de cocinera o de aya. En algunas naciones empiezan a fundarse ya estas escuelas domésticas de carácter especialísimo.

La más antigua, que es la de Francfort de Mein, fué establecida en 1815, y de Alemania se propagó la institución por Austria, Hungría, Holanda, Suecia, Dinamarca, Suiza, Inglaterra y los Estados Unidos.

Como tipo de escuela de educación rápida elegiré la escuela suiza de Lenzburgo (Cantón de Argovia).

La escuela debió su fundación a la *Sociedad de utilidad pública de las mujeres suizas*, la cual ha realizado esfuerzos inauditos para sustraer a las muchachas del cam-

po de la atracción que ejerce sobre ellas el trabajo de las fábricas, pintándoles con bellos colores las ventajas del servicio doméstico.

No es la escuela de Lenzburgo la única fundada por la Sociedad de utilidad pública. En Berna, Bonyswil, San Gall y Weggis, se han establecido otras cuyo programa es el siguiente:

A.—Enseñanza práctica.

1.º Cocción y frituras, teniendo en cuenta las clases de carnes, legumbres y frutos que se usan en una comida ordinaria.

2.º Cocción del pan casero y preparación de dulces y pasteles ordinarios.

3.º Preparación de legumbres y frutas en conserva.

4.º Costura a mano y a máquina, compostura de ropas, bordado, punto de encaje, etcétera.

5.º Lavado y planchado.

6.º Cultivo de flores y legumbres.

7.º Todos los trabajos que exige la limpieza y buen orden de la casa.

B.—Enseñanza teórica.

1.º Economía doméstica.

2.º Teoría de la alimentación y de la cocción y estudio de recetas culinarias.

3.º Contabilidad de los gastos y modo de llevar los libros.

4.º Higiene.

La directora enseña lo mismo la práctica que la teoría. Las labores de aguja están confiadas a una maestra especial que da lección una vez a la semana.

El curso dura tres meses, debiendo pagarse 70 francos por enseñanza, comida y alojamiento; pero son muchas las alumnas sostenidas por Asociaciones caritativas o filantrópicas. No se reciben más de doce alumnas por curso, que deben ser mayores de diez y seis años, gozar de buena reputación y no padecer enfermedad alguna. Al salir de la escuela se les entregan los correspondientes certificados, y se busca colocación a las que lo desean.

La enseñanza dada por las escuelas de este tipo no la considero suficiente, porque el programa no se refiere para nada a los conocimientos que debe poseer una criada que haya, por ejemplo, de cuidar niños.

“Las directoras, escribe *madame* Jean Brunhes, consideran que tres meses son pocos para un curso, por la imposibilidad de que jóvenes recién llegadas del campo adquieran una completa educación en tan corto lapso de tiempo. Así piensa con especialidad la señora Villiger Keller, presidenta de la *Sociedad de utilidad pública de las mujeres suizas* y fundadora de la escuela de Lenzburgo, la cual observa justamente que las jóvenes que aspiran a la domesticidad son por lo regular las menos inteligentes, las

que no han podido aprender un oficio, siendo, por lo tanto, difíciles de educar. Tres meses, y aun seis, no bastan para adiestrarlas. Necesitase un aprendizaje de un año y en tal sentido debe reformarse el reglamento de las escuelas.”

No nos admiramos, por lo tanto, de que en otras naciones dure más tiempo la educación de las futuras criadas. En Dinamarca, la escuela práctica de las criadas de la princesa heredera Luisa (*Kronprinsesse Luises praktiske Tjenestepigeskole*) exigense dos años de internado, y lo mismo sucede en las escuelas holandesas. En la escuela profesional de La Haya, por no citar más de una, deben tener las alumnas los trece años cumplidos, con certificado de haber cursado la primera enseñanza, y aprenden en el primer año del curso arte culinaria, lavado, planchado, arreglo de la casa, corte, hechura y compostura de ropas, punto de encaje e higiene alimenticia, sin perjuicio de repasar la lectura, la escritura, la aritmética y la lengua holandesa. Este primer año permite a las maestras observar las aptitudes de cada alumna, y de este modo pueden orientarlas hacia una enseñanza que la interesada elige con perfecto conocimiento de causa. La discípula pasa entonces el segundo año en una de estas secciones: cocineras, costureras de ropa blanca, modistas y niñeras. Terminado el curso se entrega a cada una su correspondiente certificado (*).

El certificado de niñera es el solicitado con mayor ahinco, porque los servicios de esta naturaleza están llamados a perder cada día más el carácter servil que parece unido a la domesticidad. No ha sucedido hasta hoy lo mismo, y aún se ve ejerciendo oficio de niñeras a criadas inhábiles, ineptas para toda labor doméstica. Yo he visto con frecuencia en las puertas de París muchachas de catorce a quince años, apenas vestidas de largo, encargadas de la custodia de algunos pobres niños a quienes permitían vagar a la ventura para poder ellas charlotear con sus amigas. No dejaríamos un objeto de arte en manos de una criada, y confiamos nuestros hijos a jóvenes que carecen de las condiciones necesarias para ello, cuando es preciso, por el contrario, colocar al lado del niño, cuya madre no puede continuamente vigilar, una persona idónea para dirigir la primera educación del cuerpo y del espíritu, que es la más importante según todos los pedagogos. Si el árbol crece torcido, serán luego enormes y a veces inútiles los esfuerzos que haya que hacer para enderezarlo. Tan grande es la influencia de la niñera sobre la tierna criatura que se le entrega, y tan estrecho el deber que tienen los padres de buscar para sus hijos pequeños una colaboradora, una verdadera auxiliar, que sea capaz de sustituirlos.

M. BEAUFRETON.

(Continuará)

LOS GALICISMOS

II

EN un precedente artículo decíamos que existen o han existido en nuestra lengua multitud de voces derivadas del francés, y que, a veces, sólo un lingüista puede percibir esa particularidad; el hecho se debe a que tales palabras entraron hace siglos a formar parte del español, y no queda en la conciencia popular ningún rastro de su origen. En semejantes casos, la fonética histórica es el más seguro medio de averiguación que nos es dable utilizar. Nos encontramos, por ejemplo, con una palabra que no puede derivarse en virtud de los principios fonéticos que rigen la historia de nuestra lengua, de otra latina (o germánica) la cual aparentemente debe ser su etimología. Sea la palabra *jaula*; en latín existe *caveola*, que significaba casi lo mismo. Ahora bien para derivar *jaula* de *caveola*, tropezamos con que *ca-* del latín da siempre en español *ca-* o *ga-* (*capra* = cabra; *cattus* = gato); en cambio de *caveola* salen fácilmente *cayuela*, *cayola* y *gayola*, propias del español antiguo; esta última sobrevive en portugués, y en andaluz (con significación algo mudada); incrustada en vascuence hallamos *kayola*; en fin, *cayuela* sólo queda como nombre de lugar (Burgos) o como apellido. Para resolver el problema hay que saber que en francés *ca-* del latín da *ch* y *ga-* da *ja-*; en latín junto a *caveola* debió haber otra forma con inicial distinta: *gaveola*. De esta última se originó *jaiole*, *jaole* (moderno *geôle*, prisión).

Por consiguiente, *jaula* procede del francés antiguo *jaole*, que penetró en la Península y se difundió a costa de las formas indígenas antes citadas, las cuales fueron arrojadas hacia la periferia (andaluz, portugués, vasco) o se conservaron fosilizadas como nombres propios (*Cayuela*).

También la fonética histórica nos enseña que el reproducir la *j* francesa por *j* española es propio de la época me-

dieval (1) del idioma cuando ambos sonidos eran casi iguales; los galicismos modernos reproducen esa *j* por *ch* (*charretera* < *jarretièrre*; *chaqué* < *jaquette*). Se trata, pues, de una invasión muy antigua de galicismos, en el caso representado por *jaula*. Pero ¿qué condiciones históricas han permitido a palabras del francés medioeval introducirse en la Península y aniquilar o arrinconar a las correspondientes españolas? A priori podemos decir, recordando lo dicho en el artículo anterior, que eso obedece a influencia de una cultura superior, sobre uno o varios aspectos de nuestra vida nacional.

Expongamos elementalmente algo de esas condiciones históricas, y así daremos un fondo menos árido a estas disquisiciones.

Las influencias sociales que desde los siglos X y XI comenzó a ejercer Francia sobre España se refieren tanto a lo religioso y literario como a lo político y comercial.

Comencemos por un hecho de múltiples facetas: las peregrinaciones a Santiago de Compostela. A principios del siglo IX se cita la existencia de la tumba del Apóstol, aunque es difícil saber cuándo y cómo dió principio la fábula de que el cuerpo de Santiago había venido milagrosamente a Galicia: únicamente se encuentran leyendas y documentos apócrifos como base de esta grandiosa supercheria, centro luminoso en la historia de nuestra civilización. Un católico, monseñor Duchesne, ha escrito: "De cuanto se dice acerca de a predicación de Santiago en España, el traslado de sus restos y el descubrimiento de su sepulcro, un único hecho queda en pie: el culto gallego."

Desde el siglo X, el sepulcro del Apóstol comienza a atraer peregrinos de lejanos países y, como es natural, de nuestra vecina Francia; las viejas calzadas romanas se pueblan de viandantes, y durante toda la Edad Media el camino fran-

(1) *Jaula* se encuentra ya en textos del siglo XIII.

cés o *via francígena* enlaza el corazón de España con el resto de Europa. Por dos lugares penetraban los peregrinos: por Roncesvalles y Pamplona, o por Somport y Jaca; ambas rutas coincidían en Puente la Reina, y desde allí seguían por Estella, Logroño, Santo Domingo de la Calzada, Burgos, Carrión, Sahagún, León, Astorga, Ponferrada, Barbadelo, Leobereiro, Ferreiros y Santiago (1). Unos embajadores árabes que en 1108 iban a ver a doña Urraca, encontraron tal número de peregrinos cerca de Galicia, que "apenas quedaba sitio para andar en la carretera". La prosperidad de Santiago no reconoce límites. Su primer arzobispo, Diego Gelmírez (1100-1140), es un verdadero rey de Galicia y aspira a ser primado de las Españas; Alfonso VII se arma caballero en el altar de Santiago, y el pórtico de la Gloria corona bellamente tanta grandeza.

Para eso y para más rendía la fe de los que venían a adorar al Apóstol. Los interesados en el acrecentamiento de Santiago no abandonaron a sí misma aquella corriente mística, sino que la organizaron y fomentaron. A mediados del siglo XII fué escrito el llamado *Codex Calixtinus*, o más exactamente "Libro de Santiago", que comprende una antología de panegiristas del Apóstol; el relato de sus milagros, la historia de su martirio en Jerusalén y venida milagrosa de su cuerpo en una barca a las costas gallegas, etc.; lo más curioso para nosotros es la Guía de los peregrinos (2), en que se dan detalladas indicaciones sobre los caminos, hospederías, santuarios y reliquias, aspectos curiosos de algunas regiones (por ejemplo, alude a la santidad y barbarie de los vascos y da unas cuantas palabras de su lengua), etc. Este libro era leído en las iglesias, y especialmente en las de Francia, para excitar el fervor y promover la peregrinación; sus autores eran franceses (3), probablemente monjes de Cluny, que de esa suerte la-

boraban por el bien de sus instituciones en España.

Y así llegamos a otra gran manifestación de la influencia religiosa de Francia. En el siglo X (910) se fundó en Cluny (Borgoña) una abadía de monjes de San Benito, que pronto adquirió enorme importancia religiosa y cultural. Llegan a España, por medio de los reyes de Navarra; fundan el primer convento en Leyre (1022), y en tiempo de Alfonso VI se extiende por toda la España cristiana. Merced a su acción sobre la disciplina religiosa, disminuyeron un tanto los desórdenes de las costumbres y se afirmaron las laxas relaciones con la Santa Sede. Por otra parte, la severa dependencia del abad de Cluny mantenía viva y constante la ingerencia francesa.

La introducción de la escritura francesa (por otro nombre gótica) en vez de la visigótica española; la sustitución del rito mozárabe (de origen sirio-griego) por el romano; las traducciones e imitaciones de obras francesas, son otras tantas muestras de la actividad de los cluniacenses; a ellos se deben también las cruzadas de guerreros borgoñones contra los moros.

Santiago fué uno de los focos en que se condensó este influjo cultural, sobre todo durante el arzobispado de Gelmírez, cuyo predecesor había sido cluniacense. Aquél enviaba a sus clérigos a estudiar a Francia; estaba rodeado de franceses y aspiraba a organizar su clero como el de Cluny. Y he aquí cómo en una época, vulgarmente llamada de tinieblas, florecían los más varios intereses sociales, y llegaba un soplo de internacionalismo a rincones de nuestro país, relativamente más aislados del resto del mundo ahora que entonces.

El centro de la Península también recibía política y socialmente influencias análogas a las del Noroeste. La corte de Alfonso VI era casi más francesa que española; la reina doña Constanza era francesa, y el flamante arzobispado de Toledo compuesto estaba de franceses. Conquistada esa ciudad en 1085, pensó el rey en dotarla de un arzobispo, y a ese efecto nombró a D. Bernardo; la *Crónica general* de Alfonso X nos da cu-

(1) La leyenda supuso que Carlomagno arregló el camino de Santiago. La *Crónica general* dice de Alfonso VI: Comprido fué de muchos bienes este rey. Refizo e fizo las puentes que a de Logroño fasta Sant Yague (Pag. 570 b).

(2) *Le codex de Saint Jacques de Compostelle*, publicado por F. Fita y J. Vinson, París, 1882.

(3) V. J. Bédier, *Les légendes épiques*, t. III, p. 90.

riosas noticias sobre aquél (1). "Este don Bernardo electo fuera letrado de su niñez et clérigo; metióse en orden en el monesterio de Aurens de Aux, et tovo la regla de San Benito. Et despues deso envio por él don Yugo, abad de Crunniego ["Cluny"]. Et el rey don Alfonso, queriendo onrrar el monesterio de San Fagund, envió a aquel onrrado don Yugo a rogarle que enviasse un varón sabio que usasse de officio de abbat; et assi como en las Galias el monesterio de Crunniego que es el que más vale allá en Francia, assi este de Sant Fagund fuesse el más onrado desta Orden en las Españas. Et el abbat de Crunniego envió al rey don Alfonso este don Bernardo, et el rey estableciol luego por abbat de Sant Fagund; et a poco tiempo fue este don Bernardo fecho electo para arçobispo et primado de Toledo."

En complicidad con la reina, D. Ber-

(1) Edic. M. Pidal, pág. 540-41. Abrevio el texto.

nardo arroja a los moros de la mezquita, con gran enojo del rey; logra que el rito francés prevalezca sobre el mozárabe, y, en fin, para dominar al levantisco cabildo, expulsa a los clérigos españoles y se rodea de paisanos suyos. Y tal hecho es solamente un episodio en la vida social de fines del siglo XI; no hay sino recordar que Alfonso VI casa a sus hijas con los condes Enrique y Raimundo de Borgoña, y que con el primero se inicia el condado de Portugal.

Tal estado de cosas sigue actuando en el siglo XII, durante el reinado de Alfonso VII, y con tal persistencia del influjo francés se concibe que al llegar el siglo XIII, época de esplendor literario, encontremos en nuestro idioma centenares de palabras de origen francés y géneros poéticos calcados en las formas artísticas de más allá del Pirineo.

AMÉRICO CASTRO

(Concluirá.)

UN NUEVO TOMO DE LA MAGNÍFICA COLECCIÓN
 CUENTOS DE CALLEJA EN COLORES
 PRIMERA SERIE
 EL VISIR Y LA MOSCA

LÁMINAS EN COLOR, DE PENAGOS.—ILUSTRACIONES
 EN NEGRO, DE MILLAR.—DECORACIÓN, DE MARCO.

PRECIO: **5 pesetas.**

PUBLICADOS, DE IGUAL PRECIO, EN ESTA COLECCIÓN

- | | |
|--------------------------------------|----------------------------|
| I. Clarafrente. | IV. Gazapito y Gazapete. |
| II. El Rey de los Cisnes. | V. Tres piratas. |
| III. La Princesa de Algodón en rama. | VI. El Príncipe y el León. |
| VIII. El Unicornio (en preparación). | |

CASA EDITORIAL CALLEJA. FUNDADA EN 1876. MADRID.



EL TRAJE FEMENINO EN LA ANTIGUA GRECIA

La costumbre de ver representados en completa desnudez a los dioses y a los héroes griegos en sus famosísimas estatuas, y de verlos de igual modo pintados por los grandes maestros de los siglos XVI y XVII, ha hecho creer a muchos que no están familiarizados con la historia de Grecia, que los griegos de la antigüedad andaban desnudos, o poco menos, y que para ellos, hombres y mujeres, carecía de importancia el presentarse con el cuerpo descubierto. Esto es: que el pudor, sentimiento instintivo en la mujer, y base de todas las demás virtudes que la enaltecen, era una cualidad de la que carecían por completo.

Contribuyó a fomentar ese mal concepto la circunstancia de haber pasado a la historia los nombres de Helena por cuya hermosura ardió Troya, y los de Baquis, Rodopis, Friné, Aspasia y tantas otras hetairas, pecadoras que estuvieron de moda en su tiempo, y entre ellas la lesbiana Safo (la del salto del Léucade, desde cuya peña se arrojó al mar para curarse de su pasión por Faón, según la leyenda), o la célebre poetisa que, según eruditos de hoy, fué

honorabilísima matrona perteneciente a una de las familias más distinguidas de Lesbos, casada con uno de los personajes de más alta posición de su tiempo, y que murió de edad avanzada, sin que su larga vida dejase más biografía que sus versos.

Nada más fuera de la realidad ni más injusto que ese falso concepto que de las griegas de la antigüedad se tiene.

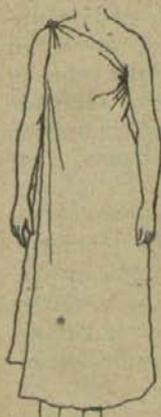
La mujer griega fué en todo igual, por sus virtudes y su austeridad, a la matrona romana del tiempo de la República.

Recluída en el *gineceo*, y entregada por completo a las labores domésticas y al cuidado de su esposo y de sus hijos, dedicaba el tiempo que estos quehaceres la dejaban libre a la rueca y al telar, en compañía de sus esclavas, si las tenía, para hacer la ropa de toda la familia.

Esta era la vida de todas las damas griegas. Salían de casa muy poco, y sólo cuando las circunstancias lo exigían, y siempre acompañadas y honestamente envueltas en su manto, que las cubría desde la cabeza hasta los pies.

Tenia además la mujer griega, entre las múltiples cualidades que la adornaban, una, que seguramente admirarán todos los maridos: la dama griega, la mujer que supo vestirse mejor de cuantas han visto los siglos, fué la que más barata le ha salido a su esposo, porque siendo como fué la más elegante, sin embargo, no necesitaba modista.

Bien que para hacer sus vestidos no eran precisas grandes aptitudes ni largos estudios, porque las dos únicas prendas que en realidad constituyen todo su traje, el *xiton* y el *imátion*, no eran más que dos grandes piezas de tela (de lino o lana) de forma oblonga.



Desde los tiempos más primitivos hasta la época bien entrada de Alejandro, su vestido no fué otra cosa.

Y, sin embargo, de tan simples y modestos elementos, ¡cuánto partido supo sacar! ¡Cuánta gracia, cuánta elegancia y cuánto arte supo realizar con ellos!

De las incontables maneras de vestirse que tuvo la humanidad; de tantas modas como han pasado, incluso las de nuestros días, las de ayer, muy pocas serán las que hoy no nos parezcan ridículas; y de éstas tan contadas, la más artística, la que jamás pareció ridícula y la que siempre resulta la más bella, es la griega.

Como he dicho, el corte de su vestido se reducía a la forma oblonga o rectangular de la tela. Dada a ésta el tamaño de largo y ancho convenientes, ya no había más que hacer sino rodear el cuerpo con ella por su lado más estrecho, haciéndola pasar por debajo del brazo izquierdo y sujeta por sus dos extremos superiores sobre el hombro derecho con una fíbula, tal como aparece en la figura 1. Así se gastó durante mucho tiempo en la época primitiva.

Mas como resultaba que de este modo dejaba al descubierto gran parte del cuerpo, se le sujetó con una cinta o cordón por la cintura; y como aun así la envoltura no resultaba completa, se cosieron los dos bordes laterales hasta la cintura, y como el plegado que hacía debajo del brazo izquierdo molestase, se le dió



en aquella parte un corte vertical a la tela, para que por él pudiese pasar el brazo, uniendo luego las dos puntas que quedaban sueltas con otra fíbula sobre el hombro izquierdo. Así quedó terminado el *xiton*, que, como se ve por el dibujo, difiere poco de la camisa que actualmente usan las mujeres.

A partir de aquí, empieza la coquetería y el ingenio femeninos a formar su traje.

La primera variante que introdujo fué darle un poco más de largo a la tela, para poder recoger el *xiton* en la cintura, haciendo que sobre ésta cayese en pliegues graciosos la parte que cubre el pecho, sin que la parte inferior dejase de llegar hasta los pies. Con esta inovación el *xiton* cambió de nombre y tomó el de *kalpos*.

Pero fuese que así no abrigase bastante, ni respondiese tampoco al sentimiento estético de la mujer, ideó ésta ampliar el largo de la tela tanto como la distancia que hay desde el cuello a la cintura, y este sobrante hacerlo rebatir en sus





dos partes sobre el pecho y la espalda. Para que cayese con más gravedad se le pusieron en los cuatro vértices unos plomitos o algo que hiciera peso. Así se le llamó xiton doble o *diplodion*.

En este traje aparecen las famosas cariátides del Erecteyón de la acrópolis de Atenas (fig. 2).

No podía estacionarse aquí la moda, y, efectivamente, no sólo no se estacionó, sino que a las partes esas que caían sobre el pecho y la espalda se les empezó a dar tales proporciones que vino a constituir una prenda aparte, independiente del xiton tomando el nombre de *epumis*, y no sólo se le varió en el tamaño, sino también en la forma y en la manera de ponerlos (figs. 3 y 4).

En la manera de ponerlo, esto es, en el arte supremo con que supieron vestirse y llevar la ropa, más que el vestido en sí, consiste el secreto del gran éxito del traje de las antiguas griegas.

Es imposible seguir aquí su descripción, porque la variedad fué tal, que no cabría en muchas páginas. Por los gráficos que acompaño podrá el lector formarse una idea.

Si pusieron arte las antiguas griegas para llevar el xiton y el *epumis*, no emplearon menos para ponerse el *imátion*. Este era un manto del mismo corte rectangular que el xiton, con el que supieron cubrirse con tanta gracia, formando unos pliegues tan artísticos, que realizaron con él

todo el ideal de la suprema belleza de la mujer vestida (fig. 5).

Contribuyen a realzar la belleza de la mujer griega su calzado, de una sencillez y una gracia extraordinarias, y su tocado, en el que desplegaron una inventiva tan poderosa, que la mayor parte de los peinados que se usaron después y siguen usándose, no son más que repeticiones de los que ellas crearon.

Usaron también el velo; pero éste sólo se lo ponían en momentos determinados, por ejemplo, con motivo de alguna ceremonia religiosa o de algún funeral.

También gastaron sombrero, por más que nunca estuvo generalizado su uso. Con él aparecen muchas estatuillas de Tanagra que son el reflejo más elegante y exacto del gusto griego en el vestir de

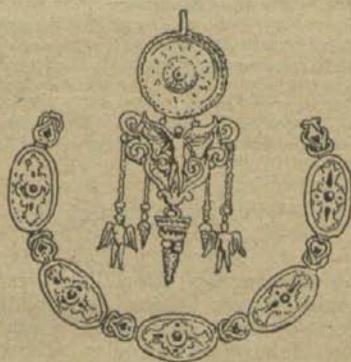
todos los días. Nada puede igualar la gracia artística de estas pequeñas esculturas ni su valor como documentos.

En cuanto a joyas, se ponían pocas y de escaso valor material, pero todas de un gusto exquisito. Consistían éstas en diademas, pendientes, sortijas, collares, brazaletes y pulseras (figs. 6 y 7).

Tal fué el traje femenino de la Grecia clásica.

Después de las conquistas de Alejandro, el traje se orientalizó mucho, se hizo pintoresco y perdió aquella noble sencillez y naturalidad que le distinguía.

MANUEL ANGEL



LIBRO NUEVO

CUENTOS DE PERRAULT

ILUSTRACIONES EN NEGRO Y LÁMINAS EN COLORES DE MARGARET TARRANT
UN LINDO TOMO EN PASTA, 2 PESETAS

CASA EDITORIAL CALLEJA FUNDADA EN 1876 MADRID
CALLE VALENCIA, 28

LA ESPOSA DEL SOL

(NOVELA)

POR GASTÓN LEROUX

LIBRO PRIMERO

RESUMEN DE LOS FOLLETINES ANTERIORES: *Un académico francés, Francisco Gaspar Ozoux, y su sobrino Raimundo, llegan al puerto del Callao. Va el primero con una misión científica, a estudiar las antigüedades incaicas; al joven, ingeniero, más que el interés de su profesión, le lleva al Perú su amor por María Teresa, hija del marqués Cristóbal de la Torre, a la que conoció en París, donde ella se educaba. Vuelta al Perú, al morir su madre, se pone al frente de una explotación de guano, que dirige con claro talento mercantil, mientras el bondadoso marqués, harto poco aficionado a quehaceres materiales, se dedica a vagos estudios históricos. Corre el ingeniero, dejando a su tío desembarcar con su impedimento, en busca de María Teresa, a quien encuentra en su oficina. Por una colisión con los obreros chinos, acaba de despedir a sus empleados indios, el principal de los cuales, Huáscar, que pertenece a la casa desde los tiempos de la madre de María Teresa, es muy respetado por todos. Salen los jóvenes hacia el puerto para recoger a Francisco Gaspar, y María Teresa, por precaución, da aviso al inspector de policía de la marcha de los indios, cuya ausencia se advierte por todas partes. Pero se justifica por la proximidad de la fiesta del Interaymi, que los quechuas celebran cada diez años y que a la sazón tiene inactivos al ejército presidencial y a los revolucionarios del pretendiente García, porque uno y otro emplean tropas indias. Llegados al puerto, encuentran al académico francés.*

Van juntos a Lima, y sigue preocupándoles la ausencia de indios. En una calle les corta el paso Huáscar, que, ante las preguntas de María Teresa, sigue haciendo protestas de amistad. El marqués Cristóbal de la Torre, su hijo Cristóbalito y dos ancianas, la tía Inés y la dueña Irene, reciben a los viajeros. Ellas refieren a Francisco Gaspar la supervivencia de las costumbres antiguas que exigen, en la fiesta del sol, el sacrificio de una joven de la raza conquistadora, a quien por eso llaman la «Esposa del Sol». A la elegida le envían antes, misteriosamente, una pulsera. Diez años antes, desapareció en tales circunstancias María Cristina de Orellana, de una de las principales familias. En esto un criado trae, certificada para María Teresa, una cajita en que está la pulsera de «La Esposa del Sol». Nadie sabe quién la ha enviado. Creen en la broma de algún pretendiente desdenado por María Teresa; pero éstos lo niegan. María Teresa, para tranquilizar a su padre, pide a Raimundo que diga que ha sido él quien envió la pulsera. Salen luego a visitar en los alrededores unas excavaciones famosas: Son las de la necrópolis de Ancón, y entre los restos humanos que hay en ella ven tres cráneos, de extrañas formas, uno como un pilón de azúcar, otro como un capote y otro como una maletita, que son las que se imponían, desde niños, a los sacerdotes que habían de ser sacrificados. En la fonda, María Teresa, cree ver, al quedarse a solas en su habitación, los tres cráneos, sobre personas vivas, tras los cristales de su cuarto. Arroja al mar la pulsera del Sol, pero al otro día se despierta, horrorizada, con la pulsera otra vez en el brazo: una criada india dice que la halló en la playa y se la puso de nuevo a su señorita, que ya no se desprendió de ella. Deciden pasar, embarcados primero y después en ferrocarril, a Cajamarca, con gran entusiasmo de Francisco Gaspar, que anhela ver la antigua ciudad inca.

(CONTINUACION)

Sin embargo, Raimundo hubo de notar la serie de coincidencias por las cuales se agregó a su pequeña caravana cierto "gentleman" de tez un poco cobriza que, de no haber ido vestido con un terno a la última moda, podía haber pasado fácilmente por uno de aquellos tipos de la raza india de Trujillo, de la cual Huáscar era, indudablemente, uno de los más gallardos representantes. Pero el viajero llevaba su traje con soltura, y durante el camino había estado muy cortés, especialmente con María Teresa, a la cual había tenido ocasión de prestar esos servicios que se deben, en viaje, a una mujer, aun cuando no le haya sido uno presentado. Aquel hombre se había embarcado al mismo tiempo que ellos en el Callao; había desembarcado en la misma almadía; había pasado la noche en Pacasmayo, en la misma fonda, y al día siguiente había tomado el mismo tren que ellos para ir a Cajamarca.

El espectáculo que ofrecía la primera

Cordillera de los Andes era tan "arrebata-dor", que nadie advirtió en los primeros momentos que aquel hombre se había deslizado en el coche ocupado por el marqués y sus compañeros. Pero él supo llamarles la atención, y de una manera tan inesperada, que los viajeros, sin darse cuenta exactamente de lo que sucedía o de lo que experimentaban, sintieron inmediatamente un mal-estar insoportable.

Hasta entonces había admirado el paisaje y las diversas transformaciones de una naturaleza que cambia constantemente de aspecto; acababan de entrar en los desfiladeros más salvajes que se puedan imaginar, cuando el desconocido dijo con voz grave:

—¿Ven ustedes este circo, señores? Aquí fué en donde Pizarro envió sus primeros mensajeros al último rey de los incas.

Todos volvieron la cabeza. El desconocido no parecía ver a nadie. De pie en la plataforma, con los brazos cruzados, no apar-

taba los ojos de las rocas al pie de las cuales el aventurero más grande de la tierra se había detenido antes de conquistar un imperio.

—¡ Con ellos iba uno de mis antepasados! —exclamó el marqués.

El desconocido ni siquiera miró a su interlocutor, pero pronunció con una entonación tan extraña esta frase: “¡ Lo sabemos, lo sabemos!”, que Cristóbal y sus compañeros se preguntaron quién sería aquel ente original con quien tenían que habérselas. Su majestuosa inmovilidad no dejaba de preocuparles.

Al fin, tras un instante de silencio, continuó el desconocido:

—Sí, no hemos olvidado que con Pizarro iba un Cristóbal de la Torre. Señor marqués, conocemos vuestra historia. Cuando Pizarro, que había salido de la colonia española de Panamá con la convicción de que al otro lado del Ecuador encontraría un imperio fabuloso más rico que el que Hernán Cortés acababa de ofrecer a Carlos V...; cuando Pizarro, después, de arrostrar mil peligros y de agotar todos los recursos, vió que los suyos estaban a punto de abandonarle, sacó la espada y trazó una raya en la arena, de Este a Oeste. Volviéndose inmediatamente hacia el Sur, dijo: “Amigos y compañeros: ¡ Allí nos esperan los trabajos, el abandono y la muerte; en el lado opuesto, el bienestar y la oscuridad; pero también en el Sur hallaremos el Perú y sus riquezas, la gloria, la inmortalidad! ¡ Que cada uno de vosotros tome la resolución más propia de un valeroso castellano! ¡ Yo, por mi parte, mi dirijo hacia el Sur!” Al decir estas palabras, cruzó la línea. Siguió el bizarro piloto Ruiz y luego Pedro de Candía, caballero natural, como su nombre lo indica, de una de las islas de Grecia. Once más atravesaron sucesivamente la línea, mostrando así su deseo de compartir los trabajos y la gloria de su jefe. Entre estos once estaba Juan Cristóbal de la Torre. ¡ Lo sabemos, “señor”... lo sabemos!

—Pero, ¿quién es usted, caballero?—preguntó brutalmente el marqués, a quien los modales del desconocido, que, sin embargo, se conducían con la mayor cortesía, comenzaban a exasperar.

El otro pareció no haberle oído. Continuó como si tributase un homenaje a las hazañas del antepasado:

—¿ No es verdad, señores, no es verdad, señorita, que causa verdadera admiración el espectáculo de aquel reducido número de valientes consagrándose de esta suerte a una empresa audaz y que parecía mucho más difícil que ninguna de las que relataban los anales de la caballería andante? Un puñado de hombres, sin víveres, sin ropas, casi sin armas se vieron abandonados en una roca solitaria con el propósito confesado de emprender una cruzada contra uno de los imperios más poderosos que jamás han existido,

y, sin embargo, no por ello vacilaron en arriesgar sus vidas.

Y entre aquellos hombres había un Cristóbal de la Torre... ¡ Señor marqués, permítame usted que le felicite, y permítame también que le presente a su servidor Huayna Capac Runtu, empleado en el Banco franco-belga de Lima. Podemos viajar juntos, marqués, porque ambos somos nobles. Yo soy de estirpe real. Huayna Capac, rey inca, que no contaba más que diez y seis años cuando sucedió a su padre, tuvo por mujer legítima a Pillan Huaco, que no le dió hijos. Casó en segundas nupcias, con otras dos mujeres legítimas: Rava-Bello y su prima Mama Runtu. ¡ Yo soy un descendiente de ese Huayna Capac y de esta Mama Runtu!

—¿ De modo que sus jefes le han dado a usted licencia?—preguntó con cierta insolencia el marqués.

Un relámpago cruzó por los ojos de Huayna Capac Runtu.

—Sí—dijo con voz sorda—, mis jefes me han dado licencia para asistir “a la fiesta del Interaymi”...

Raimundo no pudo menos de estremecerse al oír esta frase que tantas veces se había pronunciado con motivo del incidente de “la pulsera del Sol de oro”. Miró a María Teresa, a quien preocupaba el giro que tomaba la conversación entre su padre y aquel singular viajero. Recordaba perfectamente en aquel momento haber visto a aquel individuo en las oficinas del Banco franco-belga, y hasta haber hablado varias veces con él en el Callao, en sus propias oficinas, adonde había ido para liquidar cuentas con motivo de los pedidos de guano fosfatado que hacían desde Amberes. Entonces le había parecido el más insignificante de los empleados de una casa de comercio, y el indio había pasado junto a ella sin dejar más que una imagen harto borrosa en su memoria. Sólo en aquel instante en que el pseudo-peruano confesaba con orgullo que era un indio quichúa, descubría en él los rasgos de la raza de Trujillo y el aspecto general que hacían de él un hermano de Huáscar. Sabía por experiencia cuán suspicaces son los indios, y temía que el imprudente marqués desencadenase una tempestad sin darse cuenta. Intervino amablemente:

—La fiesta del “Interaymi”...; ¡ pero esa es la fiesta de los indios! ¿ Acaso van a celebrarla más particularmente en Cajamarca?—preguntó.

—¡ Este año—contestó el indio—se celebrará particularmente en todos los Andes!...

—¿ Y no admiten ustedes profanos?... ¡ me gustaría muchísimo asistir a esa fiesta, de la que tanto se habla!... Se dicen acerca de ella tantas cosas, tantas cosas...

—Tonterías, señorita, tonterías, créalo usted—replicó el indio, que ante la noble peruana adoptó nuevamente los modales

sencillos de un verdadero chiquillo. Y, sonriendo con una extraña sonrisa, que mostró unos dientes deslumbradores, una mandíbula que a Raimundo le pareció feroz, añadió ceceando ligeramente con voz dulce y apagada:

—¡Ya sé, hablan de sacrificios!...; pero esos son cuentos de viejas...; ¡En el "Interaymi" sacrificios humanos!...; pero mireme usted a mí, con mi terno de casa de Zárate, y dígame si tengo trazas de ir a presenciar una matanza sagrada! ¡No... algunos ritos que nos recordarán nuestro pasado esplendor, algunas invocaciones al Dios del día, un piadoso recuerdo a nuestro último rey, al desgraciado Atahualpa, nuestro mártir, y nada más, créalo usted!... Y a fines del próximo mes, volveré tranquilamente a sus oficinas de la calle de Lima, señorita, para presentarle las letras de la casa franco-belga.

Las últimas palabras del indio tranquilizaron por completo a Raimundo. Una sonrisa de María Teresa y un mohín de Francisco Gaspar (nuevamente desorientado por el prosaísmo de aquel descendiente de los Incas, empleado en una casa de comercio), borraron los desagradables pensamientos que la palabra "Interaymi" hiciera cruzar nuevamente por la imaginación de los viajeros.

Raimundo miró el paisaje cuyo aspecto era cada vez más sombrío. El tren se deslizaba por el fondo de un abismo, entre dos murallones de espantosa elevación. En lo alto, en una faja de hielo de un azul deslumbrador, algunos condores desplegadas sus enormes alas, describían grandes círculos.

—¡Y por semejantes caminos vino Pizarro a conquistar el imperio de los Incas!— exclamó Raimundo—; pero, ¿cómo siendo su ejército tan reducido no fué completamente destruído?

—¡Caballero—dijo con terrible ironía el empleado de la casa de comercio—, no fué destruído porque "venía como amigo"!

—De todos modos, no se apodera uno así como así de un imperio. Cuando se dirigieron a Cajamarca, ¿cuántos hombres acompañaban a Pizarro?

—Habían recibido refuerzos—dijo el marqués retorciéndose el bigote—; "¡eran ciento setenta y siete"!

—Menos nueve — rectificó el indio del terno.

—O sean: ciento setenta y siete, menos nueve, igual a ciento sesenta y ocho, si no me engaño—murmuró Francisco Gaspar escribiendo en su sempiterno librito de apuntes.

—¿Por qué menos nueve? — preguntó María Teresa.

—Porque Pizarro—replicó el descendiente de Mama Runtu, que parecía conocer la historia de la conquista de Nueva España mejor que los descendientes de los españoles—hizo con sus nuevos compañeros lo que

había hecho con los primeros. No les ocultó las dificultades de la empresa y les dió a escoger. Pizarro se detuvo en medio de la sierra para dar descanso a su fuerza y re-visitarla más detenidamente. ¡Oh, tienen ustedes motivo para estar orgullosos! En total eran entonces ciento setenta y siete hombres, de los cuales sólo setenta y siete iban a caballo. No habían más que "tres arcabuceros" y algunos ballesteros, que en junto no excedían de veinte. Y "con estas fuerzas" se dirigió Pizarro al encuentro de un ejército de cincuenta mil hombres y contra un pueblo de más de veinte millones de habitantes, porque, bajo el imperio de los Incas, el Perú comprendía lo que ahora llamamos el Ecuador, el Perú, Bolivia y Chile. Entonces, señores, fué cuando se dió cuenta de que aún le seguían demasiados soldados. Observó con inquietud que algunos de ellos tenían una expresión sombría y que estaban muy lejos de comunicar con su entusiasmo ordinario. Comprendió que si aquella disposición de ánimo se generalizaba le impediría llevar a cabo su empresa, y pensó que era preferible cortar de una vez la parte gangrenada a esperar que el mal se propagase a todo el ejército. Reuniendo sus hombres les dijo que su situación era tan crítica que exigía toda su energía. No podía pensar en proseguir la expedición quien dudase de la victoria. Si alguno se arrepentía de haber tomado parte en ella, aún podía retirarse. No tenía que hacer más que volverse a orillas del Océano, a San Miguel, en donde Pizarro había dejado algunos compañeros. El, por su parte, seguido de aquellos que quisieran compartir su suerte, fueran muchos o pocos, proseguiría la aventura hasta el fin. Entonces se retiraron nueve: cuatro pertenecían a la infantería y cinco a la caballería. Los otros aclamaron a su

—Obedeciendo las órdenes del hombre general.

que servía a Pizarro como un segundo hermano—exclamó el marqués—, mi antepasado Cristóbal de la Torre.

—¡Lo sabemos, lo sabemos!—repitió con su inquietante ironía el extraño empleado del Banco franco-belga.

—¿Y podríamos saber por qué nos cuenta usted todas estas cosas?—interrogó el marqués con altivez.

—Para probarles a ustedes que los vencidos saben la historia de "su país" mejor aún que los vencedores...—replicó el otro inmediatamente y con un énfasis un poco ridículo para un hombre que tan bien llevaba el terno de la casa Zárate y Compañía (la mejor sastrería del paseo de Amancaes).

—¡Dios mío, qué hermoso es esto!—exclamó de repente María Teresa, que cortó por segunda vez la discusión llamando la atención de los viajeros hacia el paisaje.

(Continuará)

CURIOSIDADES

ÁNIMO, VALOR Y MIEDO

CUÉNTASE que en Crimea, durante la guerra contra Rusia, un grupo de oficiales del ejército que sitiaba a Sebastopol estaba sentado tranquilamente en una tienda de campaña, cuando fué a caer dentro de ella una granada que hizo explosión.

Todos se echaron al suelo, espantados, pero el comandante, sin inmutarse en lo más mínimo, siguió bebiendo champagne en la copa que tenía en la mano; nada denunció el más leve temblor en el pulso y todos admiraron su sangre fría.

Pero, al día siguiente, acabando de comer, destaparon a los postres una botella de champagne, y al estampido, el comandante, que hablaba descuidado con un compañero, se desmayó.

EL ÚLTIMO BEETHOVEN

Los periódicos dieron últimamente la noticia de que el último miembro de la fa-

milia del gran músico agonizaba en uno de los hospitales militares de Viena. Llamábase Carlos Julio María Beethoven, y era hijo de un sobrino de Carlos von Beethoven, que fué sobrino a su vez del autor de *Fidelio*.

LA DESVIACIÓN DE LOS TORPEDOS

A propósito de los métodos estudiados para obtener la desviación de los proyectiles desde los barcos torpedeados, un escritor francés, Saint-Pol-Roux, autor de prosas y poemas de rara complicación imaginativa, se manifiesta como un precursor y reproduce en una revista de París fragmentos de cartas que escribió a Sir Edward Carson, comunicándole sus ideas. Hasta la denominación de *boomerang*, que él proponía para el aparato, se indica ahora en que, como el instrumento oceánico llamado así, se quiere volver el torpedo contra el que lo lanzó.

No se trata de plagio, sino sólo de adivinación, propia de los vates, aunque no sean futuristas.

LIBROS

LITERATURA GENERAL

- DOM BESSE, J. K.—*Huysmans*. Paris, Art. catholique, 8 fr.
- A. BONILLA Y SAN MARTÍN.—*Antología de poetas de los siglos XIII al XV*. Madrid, 1,50 pesetas.
- IDEM ID.—*Flores de poetas ilustres de los siglos XVI y XVII*. Madrid, 1,50 pesetas.
- IDEM ID.—*Parnaso español de los siglos XVIII y XIX*. Madrid, 1,50 pesetas.
- E. COTARELO Y MORI.—*Orígenes y establecimiento de la Opera en España hasta 1800*. Madrid, 7 pesetas.
- JUAN DE LA CUEVA.—*Comedias y tragedias*. Dos tomos. Madrid, 35 pesetas.
- LOPE DE RUEDA Y OTROS.—*Registro de representantes*. Madrid, 1,50 pesetas.
- MIGUEL DE UNAMUNO.—*Ensayos*. Tomo V. Madrid, 3 pesetas.
- J. CASANOVA.—*Memorias*. Trad. de C. Rivas Cherifo. Tomo II. Madrid, 3,50 pesetas.
- J. ECHEGARAY.—*Recuerdos*. Tomo III. Madrid, 4 pesetas.
- ANATOLE FRANCE.—*Le génie latin*. (nueva edición revisada). Paris, Lévy, 3,50.
- FREDERIC LEFÈVRE.—*La Jeune poésie française*. Paris Ronart et Cie. 3 fr.
- J. C. MARDONS.—*La Reine de Saba*. Paris, Fasquelle, 5 fr.
- NOVELAS, CUENTOS
- JEAN GRANDOUX.—*Lectures pour une ombre*. Paris, Emile-Paul, 3 fr. 50.
- HENRI MALHERBE.—*La Flamme au poing* (Premio Goncourt). Paris, Michel, 4 fr.

ARTE Y SUS APLICACIONES

- ALEJANDRO BARREIRO.—*Del arte gallego. Exposición regional de 1917* (Bocetos de crítica). Coruña, 2,50 pesetas.
- CIENCIAS Y SUS APLICACIONES
- JUAN DOMÍNGUEZ BERRUETA.—*La demostración del postulado de Euclides*. Salamanca, sin indicación de precio.
- Interesante folleto que el autor ofrece «a quien quiera que libre de prejuicios, desee conocer la verdad». Establece que no está demostrada la imposibilidad de una demostración y la emprende, asegurando que las nuevas geometrías no hacen, sino consolidar la de Euclides.
- TOMÁS W. CORBIN.—*La mecánica al día. Inventos mecánicos actuales*. Trad. de S. Ocampo. Barcelona, 5 pesetas.
- J. MERLOT.—*Manuel de l'ouvrier mécanicien Guide de l'ajusteur*. Paris, Béranger, 15 fr.
- H. BONASSE.—*Optique géométrique élémentaire Focometrie-optométrie*. Paris, Delagrave, 15 fr.
- IDEM.—*Optique géométrique supérieure*. Paris 17 fr.
- P. CARRÉ.—*Precis de Chimie industrielle*. Paris, Bailliére, 12 fr.
- MEDICINA
- DR. GILLET.—*Formulaire des médications nouvelles pour 1918*. Paris, Bailliére et Fils, 4 fr.
- DR. MANCLAIRE.—*Chirurgie de guerre, Chirurgie d'urgence, Chirurgie réparatrice et orthopedique*. Paris, Bailliére et Fils, 16 fr. 50.

DERECHO, POLITICA

JOSÉ CASAS Y SANTALÓ.—*La reforma orgánica del Notariado Español. Comentarios al reglamento novísimo. Estudios.* Madrid, sin indicación de precio.

MIGUEL ANGEL CÁRCANO.—*Evolución histórica del Régimen de la tierra pública, 1810-1816.* Buenos Aires, 16 pesetas.

P. RAMÓN RUIZ AMADO.—*Educación cívica.* Barcelona, 2 pesetas.

F. SOLDEVILLA.—*Tres revoluciones (Apuntes y notas). Las Juntas de Defensa. La Asamblea parlamentaria. La huelga general.* Madrid, 3,50 pesetas.

E. CUELLO CALÓN.—*Tribunales para niños.* Madrid, 3 pesetas.

AGRICULTURA, JARDINERIA, ETC.

GUSTAVO ANDRÉ.—*Química agrícola: Química del suelo: Química vegetal.* Barcelona, dos tomos a 8 pesetas.

POESIA

RABINDRANATH TAGORE.—*Pájaros perdidos.* (Sentimientos). Trad. de Z. Camprubí de Jiménez. Madrid, 2,50 pesetas.

LUIS DE TAPIA.—*Coplas del año.* Madrid, 3,50 pesetas.

HISTORIA, ARQUEOLOGIA

M. CASTAÑOS Y MONTIJANO.—*Ensayo de fortificación arqueológica.* Madrid, 3,50.

G. RENÉ-MORENO.—*Ayacucho en Buenos Aires y prevaricación de Rivadavia.* Madrid, 3,50 pesetas.

G. BRUNEL.—*Les Incidents franco-allemands de 1871 a 1914.* Paris, Musée de Guerre, 2,50 pesetas.

FILOSOFIA

JOSÉ INGENIEROS.—*Ciencia y filosofía.* Seis ensayos. Madrid, 3,50 pesetas.

A. SALCEDO RUIZ

LA LITERATURA ESPAÑOLA

(RESUMEN DE HISTORIA CRÍTICA)

CON UNA CARTA AUTÓGRAFA

DE

DON MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO

Tomo I. La Edad Media. 465 páginas

Tomo II. El siglo de oro. 571 »

Tomo III. El Clasicismo. 555 »

EN PRENSA

Tomo IV. Nuestros días.

Cada tomo en rústica 8 pesetas.

» » en holandesa fina . . . 11 »

(PROSPECTOS GRATIS)

CASA EDITORIAL CALLEJA FUNDADA EN 1876 CALLE DE VALENCIA, 28 MADRID